



Universidad de Valladolid

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

GRADO EN FILOSOFÍA

TRABAJO DE FIN DE GRADO

EFFECTOS SOCIALES DEL MERCADO

AUTORREGULADO



Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Valladolid

Curso académico: 2019/2020

Autor: Adrián Valenzuela Delgado

Tutor académico: Emilio Roger Ciurana

Palabras clave:

Mercado autorregulado, F. Engels, K. Marx, K. Polanyi, R. Sennett, E. Durkheim, Z. Bauman, Capitalismo, Ethos, Mentalidad de mercado, Antropología económica, Laissez-faire, La Gran Transformación, Acción social, Anomia.

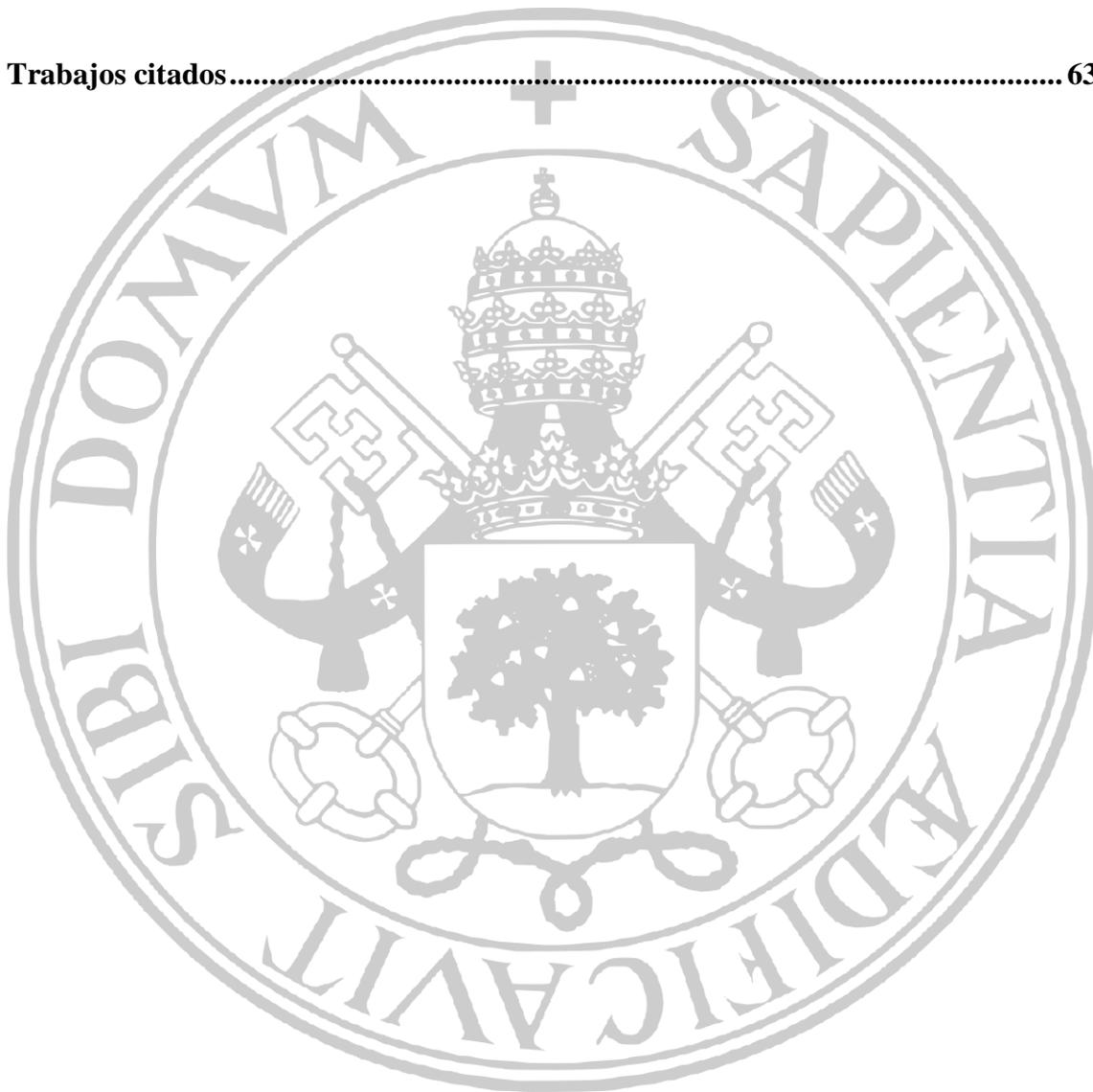
Resumen:

En este trabajo trato de rescatar la tesis de Polanyi de que un sistema de *libre mercado* acabaría con el tejido social de nuestras sociedades, y somos la civilización occidental quienes hemos adoptado ese sistema como credo. Para llevar a cabo el rescate de dicha tesis intento conjugar la importancia de las *condiciones materiales de existencia* de Marx con la tesis de Weber de que *lo espiritual* no es un epifenómeno de lo material. Por ello hago un brevísimo resumen de la historia económica de las sociedades occidentales y posteriormente un análisis de lo que Polanyi denominó *nuestra obsoleta mentalidad de mercado*, explicando cómo esta nueva mentalidad ha favorecido el desarrollo de los *mercados autorregulados*. Es decir, pretendo mostrar cómo hay un desarrollo paralelo de las condiciones materiales y espirituales, que además se relacionan entre sí; todo ello con la pretensión de crear unas bases sobre las cuales pensar las nuevas propuestas éticas y políticas.

Índice:

I. Introducción.....	5
1.1 Mercado contra sociedad.....	6
1.2 Mercado y democracia.	8
1.3 De nuevo <i>laissez-faire</i>	10
1.4 Salvando el <i>materialismo vulgar</i>	11
1.5 Contra una concepción lineal de la historia.	13
1.6 El Ethos social y la sociedad.....	14
II. Una breve explicación histórica de fundamento para los próximos capítulos. 17	17
2.1 Una pequeña anotación.	17
2.2 El lugar de la economía en las sociedades preindustriales.....	17
2.3 Las nuevas escuelas económicas.	18
2.4 Nacimiento, desarrollo y caída de los <i>mercados autorregulados</i> según Polanyi.	20
2.5 La situación actual de los mercados.	22
2.6 Consecuencias de la liberación del mercado del dinero.....	27
2.7 Similitudes entre la segunda y cuarta etapa.	29
2.8 ¿Estamos ante el inicio del fin de una nueva etapa?	30
2.9 La globalización no es nada nuevo.....	33
III. La mentalidad de mercado.	34
3.1 ¿Por qué mentalidad de mercado?	34
3.2 Economía formal y sustantiva.....	35
3.3 ¿En qué consiste la <i>mentalidad de mercado</i> ?	40
3.4 La teoría de la acción social de la sociología contra la teoría de la acción de la economía.....	44

3.5 El mercado autoregulado, una fábrica de anomia.....	47
3.6 Breve compendio.....	49
IV. Anexo: Nueva oleada de <i>laissez-faire</i>; nuevos cambios en la mentalidad.	51
4.1 El <i>laissez-faire</i> como credo de una época.....	51
4.2 Flexibilización del trabajo.....	53
4.3 Del trabajo a la vida cotidiana.	58
4.5 Las premisas para las nuevas propuestas.	60
Trabajos citados.....	63



I. Introducción.

Zygmunt Bauman, con la alegoría del mensaje en una botella, pretende rescatar parte de la crítica de Adorno a la sociedad de su tiempo (Bauman, *Vida Líquida*, 2019, pág. 188), crítica que implícitamente, esta alegoría, lleva consigo la esperanza de poder cumplir las promesas incumplidas de una época pasada: la modernidad. El mensaje, dice Bauman, se lanza a la incertidumbre del futuro, mientras el autor, en este caso Adorno, espera que ese mensaje sea encontrado y leído, a esta esperanza se une la de la comprensión de ese mensaje. Este se ha lanzado al futuro porque en el presente el mensaje ha sido ignorado, incomprendido, eclipsado, etc.; en resumen, diversas reacciones o interpretaciones ante él que no corresponden a las intenciones del autor. El mensaje se ha perdido o más bien nunca se ha encontrado, nunca se ha encontrado; esto compone, en último término, una forma de pérdida que conduce irremediamente al olvido. Lanzando el mensaje al mar, éste puede ser encontrado por alguna persona, siéndole así otorgada la posibilidad de una nueva lectura que guíe a su comprensión, por parcial o débil que esta sea.

El uso de esta alegoría me permite realizar un paralelismo con el mensaje lanzado al mar del antropólogo, filósofo, economista e historiador de la economía, Karl Polanyi. Se puede decir que Polanyi sufrió durante su vida de cierto olvido en ciertos campos que tocan su estudio, como en la economía¹: sin embargo, ya por aquel entonces trató de advertirnos de los peligros que el capitalismo basado en el libre mercado o los sistemas económicos basados en el mercado de intercambio libre de mercancías acarrearán. Y “No fue hasta la crisis asiática de 1997 y el desastre del instantáneo capitalismo de mercado en Rusia que su trabajo fue citado en centenares de discursos, ponencias, artículos y declaraciones políticas.” (Polanyi-Levitt, 2014). La botella lanzada por Karl Polanyi contenía este mensaje que decía: “La tesis aquí defendida es que la idea de un mercado que se regula a sí mismo era una idea puramente utópica. Una institución como esta no podía existir de forma duradera sin aniquilar la sustancia humana y la naturaleza de la

¹ Me refiero en el estudio económico positivo, pues fue reconocido en su trabajo de historiador de la economía.

sociedad, sin destruir al hombre y sin transformar su ecosistema en un desierto.” (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, pág. 42). En esta obra Polanyi nos describe como la sociedad plantó cara a esa *corrosión de la sociedad*² que el libre mercado causó sobre las tres³ nuevas mercancías ficticias. También describió con su teoría del doble movimiento cómo la sociedad de su época, concretamente la posterior a la Segunda Guerra Mundial, se opondría a ese concepto de *mercado autorregulado* interviniendo los mercados desde la institución del Estado.

1.1 Mercado contra sociedad.

Polanyi comprendió muy bien que para entender lo que está sucediendo hoy hay que entender qué es lo que sucedió ayer, comprendió que el presente es el resultado del pasado, que hay un proceso en la propia historia. Y si hago esta afirmación es porque ya en el 1944, en *La Gran Transformación*, ilustró cómo los Estados habían puesto o estaban poniendo en marcha mecanismos en defensa del tejido social frente al ataque y las intrusiones de los *libres mercados*. Como ejemplo claro de esto supo analizar la situación excepcional de los EEUU, que llevaban un atraso de casi medio siglo en la expansión de los daños de los mercados; esto se debía a que los EEUU eran un país donde el trabajo y la tierra no tenían los problemas de desintegración social que sí había en Europa por sus limitaciones físicas. Era un país con muchos recursos naturales y con mucha inmigración, es decir, supo ver que se encontraba en una situación excepcional en la que el *mercado de trabajo* y la tierra se encontraban con una oferta casi ilimitada. Sin embargo, a inicios del siglo pasado esa situación se hizo insostenible y en los años 20 el conflicto empezó a cobrar relevancia, y ya finalmente en 1939 “[...] el New Deal levanto una empalizada en torno al trabajo y a la tierra, más sólida que las construidas en Europa.” (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, pág. 341). Por otro lado, para la defensa del dinero por parte del Estado se creó unos años antes el Banco Federal.

² Hago así un pequeño guiño a la obra de Sennett *La corrosión del carácter*. Creo que su tesis principal en esta obra es que el nuevo capitalismo ha modificado nuestro carácter, entendido de forma psicológica y moral, es decir, ha afectado al individuo, pero creo que su tesis puede ser ampliada a toda la sociedad contemporánea.

³ O dos, pues Polanyi entenderá en escritos posteriores que los mercados ficticios son solo la tierra y el trabajo, eliminado de esta categoría de las mercancías ficticias el dinero.

Pero este era solo un ejemplo de cómo Polanyi supo ver cómo se daba un conflicto entre *los mercados* y la sociedad y *los mercados* y la naturaleza. Aunque históricamente, por aquel entonces, Polanyi no manejaba el término de *Estados de Bienestar*, que de forma muy agonizante llegan a nuestros días, supo vislumbrar su gestación, pues se dio cuenta de que “[...], el proteccionismo estaba en vías de convertirse en un caparazón para la unidad de la vida social que se formaba.” (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, pág. 341).

Considero, sin embargo, que uno de los puntos centrales de este trabajo es cómo el contexto que Polanyi vivió y reflejó en sus escritos tiene un cierto parecido con el momento actual, en concreto respecto a las tendencias económicas proclives al *laissez-faire*. Por aquellas fechas *los mercados* estaban buscando ampliar sus fronteras, es decir, buscaban mercantilizar el trabajo, la tierra y el dinero sin restricciones, pero se enfrentaban a las tradiciones cristianas europeas, así como a su cultura y a todo un sistema de valores en su empeño de abrirse caminos en esos nuevos mercados. En esta pugna por abrir los mercados el Estado fue quien puso los frenos a los *libres mercados* y fue el Estado quien regularizó la mercantilización de esas nuevas mercancías. En aquella época los grandes economistas de corte liberal defendían la doctrina del *laissez-faire*, doctrina que se opone a la regularización de los mercados, en otras palabras, que defienden unos mercados *desincrustados* de la sociedad.

Tras la crisis del 1929 aparecieron o cobraron fuerza otras escuelas económicas que no defendían ese *laissez-faire*, sino que proponían una *protección social*, lo que a día de hoy hemos llamado *seguridad social*, y estas escuelas cobraron fuerza justamente durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Las escuelas o pensamientos económicos más importantes que defendieron la intervención estatal de la economía fueron el keynesianismo y el institucionalismo americano.

Tras aproximadamente 30 años de *control de los mercados* por parte de los Estados y con la crisis del petróleo de 1973 esas posturas de esta corriente de pensamiento, que parecían marginadas, volvieron a recobrar fuerzas. Las grandes escuelas impulsoras de ese *laissez-faire*, han sido los que a día de hoy se hacen llamar neoliberales. Estas grandes escuelas son sobre todo dos: la Escuela de Chicago de Economía y la Escuela Austríaca de Economía. La Escuela de Chicago fue fundada tardíamente en la segunda mitad del siglo pasado y cobró importancia con la crisis del petróleo, pero ya en esa

época Polanyi se enfrentó abiertamente a la Escuela Austríaca, concretamente se enfrentó con Ludwig von Mises. Precisamente Ludwig von Mises es una de las personas que más ha luchado y promovido el libre mercado desde los inicios del S.XX.

1.2 Mercado y democracia.

Algo importante de destacar y que ya Polanyi nos advierte de que es desde “[...] Macaulay a Mises, de Spencer a Sumner, no existió un solo militante liberal que se abstuviese de manifestar su firme convicción de que la democracia del pueblo ponía al capitalismo en peligro.” (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, pág. 347). Este hecho contrasta con la actualidad, donde son precisamente los *neo-liberales* (no necesariamente estos que muestran sus temores de cómo la democracia es un peligro para el libre mercado) los que afirman que *el libre mercado* es necesario para una democracia. Pero creo que no hay que olvidar la Escuela Austríaca que tacha a las dictaduras del siglo pasado de “socialistas”; fueron los primeros defensores del fascismo en Europa, al cual también tachan de “socialista” (discusión que en la práctica generaría otro debate debido a las políticas monetarias y económicas de esos gobiernos, así como la discusión en torno al *corporativismo*). No debemos olvidar las palabras de Mises a favor del fascismo:

“It cannot be denied that Fascism and similar movements aiming at the establishment of dictatorships are full of the best intentions and that their intervention has, for the moment, saved European civilization. The merit that Fascism has thereby won for itself will live on eternally in history. [No se puede negar que el fascismo y movimientos similares que buscan establecimiento de dictaduras están llenos de las mejores intenciones y que su intervención ha, por el momento, salvado la civilización europea. El mérito que

el fascismo ha ganado para sí mismo vivirá eternamente en la historia.]⁴”

(Mises, 1985, pág. 51).

Y por si las palabras no bastasen, también Mises fue un colaborador de Engelbert Dollfuss, Canciller de Austria de 1932 a 1934, promulgando una nueva Constitución iniciando lo que se ha conocido posteriormente como *austrofascismo*, un régimen de gobierno autoritario que se puede considerar una adaptación del fascismo a las condiciones políticas y sociales de Austria. Y no solo de Mises podemos señalar estos acercamientos hacia regímenes considerados *autoritarios*; encontramos una postura similar en Hayek (de la escuela de austríaca de economía), quien dijo en el periódico chileno *El Mercurio* el 12 de abril de 1981: “A veces es necesario que un país tenga, por un tiempo, una u otra forma de poder dictatorial. Como usted comprenderá, es posible que un dictador pueda gobernar de manera liberal. Y también es posible para una democracia el gobernar con una total falta de liberalismo. Mi preferencia personal se inclina a una dictadura liberal y no a un gobierno democrático donde todo liberalismo esté ausente.”. Sin embargo es curioso como el mismo autor que defiende el libre mercado sobre la democracia, aunque sea a costa de la democracia y de la *libertad individual*, presenta a los libres mercados como los generadores de esas instituciones libres; “Según argumentan algunos, como Hayek, dado que las instituciones libres son producto de la economía de mercado, una vez esa economía desaparezca, serán suplantadas por la servidumbre.” (Polanyi, Nuestra obsoleta mentalidad de mercado., 2018, págs. 36-37). También podemos encontrar a Milton Friedman (Escuela de Economía de Chicago) y a los *Chicago Boys* apoyando dicha dictadura formando parte y asesorando a Pinochet. Creo que es más que evidente que los pensamientos liberales surgieron mucho antes que los mercados autorregulados y, que además de pecar de un materialismo simplista, del cual tratamos de escapar, se trata de un relato histórico totalmente sesgado y alejado de los hechos históricos. Creo poder destacar que Locke es considerado *Padre del Liberalismo Clásico* y sin embargo vivió aún en un sistema económico mercantilista.

Pero no me gustaría caer en esos simplismos que tratan de combinar sistemas económicos y políticos como aunados, diciendo que “el capitalismo es democrático” y

⁴ Traducción propia.

el “comunismo es dictatorial”, o que “solo los sistemas capitalistas son democráticos”. Considero que estas falsas dicotomías me parecen una forma que tienen ciertos gobiernos y sistemas económicos actuales de legitimarse, y tales discursos darían para otro tipo de trabajo, que aunque interesante y en línea con lo que pretendo hacer aquí, no se va a tratar.

1.3 De nuevo *laissez-faire*.

Si bien para abrir el párrafo lo que acabo de exponer no es más que un mero recordatorio, un paréntesis, debemos ver que el conflicto de inicios del siglo pasado entre el *laissez-faire* y el control de los mercados se ha vuelto a abrir. Aunque después de la Segunda Guerra Mundial pareció zanjado este debate, con un resultado a favor de la intervención de la economía. Ahora mismo, sin embargo, se podría decir que la tendencia general dominante es la propia del *laissez-faire*. Con el conflicto otra vez abierto, o tal vez nunca cerrado, entre la economía de *los libres mercados* y entre la sociedad, los vínculos humanos, la política y la naturaleza, creo que es importante rescatar el mensaje de Polanyi de aquellos años sobre el malestar y el *vacío cultural* (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, pág. 277), que tanto aborígenes de las zonas coloniales europeas como los europeos padecimos, provocados por el auge de los mercados libres. La gran diferencia con el momento actual es que en aquellos momentos aún existían estructuras culturales e institucionales tradicionales fuertes y con mucho peso, mientras que ahora solo tenemos el Estado, que se alzó como regulador de esos aspectos que antaño las tradiciones regulaban. El Estado moderno del siglo pasado cumplía esa función, pero su condición es una condición más precaria que la de las tradiciones fuertemente arraigadas en una cultura.

Actualmente casi todos los ámbitos de nuestra vida se han visto afectados por los mercados y por algo que todavía es más peligroso, la *racionalidad instrumental propia del mercado* y de su cálculo económico. Ambos se han instaurado hasta en aquellas instituciones que nacieron para protegernos de esos mercados.

Estamos viviendo, como predijo Polanyi, un momento histórico en el que el mundo “se está convirtiendo en un páramo desolado”, y es más que evidente que hay un aumento de las temperaturas a nivel global, cada vez hay más contaminación y una mayor

explotación de los recursos naturales (*extractivismo*) y humanos, pero mi intención, más que tratar este asunto desde la *ética medioambiental*, es intentar mostrar lo que muchos otros pensadores han tratado de explicar y advertir, hallándose Polanyi entre ellos, desde una perspectiva social.

Si empecé citando cómo, según Polanyi, el sistema de libre mercado acabaría con la naturaleza y con nuestras sociedades, quiero centrarme ahora en su primera afirmación, pues con toda la información y todas las advertencias que se nos hacen con el cambio climático se nos oculta la destrucción de los tejidos sociales.

1.4 Salvando⁵ el *materialismo vulgar*.

Para poder explicar esta *transformación* que a día de hoy sigue en marcha me gustaría intentar dar un enfoque desde el *materialismo dialéctico marxista*, pero tratando de evitar las posiciones *materialistas vulgares*, que tratan de reducir todo a causas materiales y se olvidan así de cualquier referencia a la “*superestructura*”, eliminando la relación entre lo *material* y lo *cultural* o “*espiritual*”. Pretendo distanciarme de posiciones como las de Antonio Labriola, que afirman, según críticas de Durkheim:

“Del mismo modo que nos parece que es cierto que las causas de los fenómenos sociales deben ser buscadas fuera de las representaciones individuales, nos parece falso que se reduzcan en última instancia al estado de la técnica industrial y que el factor económico sea el motor del progreso.” (Durkheim, *La concepción materialista de la historia.*, 2016, pág. 280)

Trataré de evitar la reducción del *marxismo vulgar* que reduce el motor del cambio social en la economía, pero no por ello no creo que no sea importante como ya veremos más adelante.

Sino que más bien intentare hacer uso práctico de la tesis defendida por Marx y Engels en *La Ideología Alemana*, en la que se afirma que hay una relación de influencia mutua

⁵ Como sinónimo de superando.

entre las *formas de subsistencia* del hombre y lo que podríamos denominar “*forma de pensar*”. Esta tesis es contraria a lo que Durkheim criticaba de los marxistas vulgares.

Porque precisamente Marx y Engels se salvan de dicha crítica porque nos vienen a decir que:

“No se trata de buscar una categoría en cada periodo, como hace la concepción idealista de la historia, sino de mantenerse siempre sobre el *terreno* de lo histórico real, de no explicar la práctica partiendo de la idea, de explicar las formaciones ideológicas a base de la práctica material, por donde llega, consecuentemente, al resultado de que todas las formas y todos los productos de la conciencia no brotan por obra crítica espiritual, mediante las reducción a la «autoconciencia» o la transformación en «fantasmas», «espectros», «visiones», etc., sino que solo pueden disolverse por el derrocamiento práctico de las realizaciones sociales reales, de que emanan estas quimeras idealistas; de que la fuerza propulsora de la historia, incluso de la religión, la filosofía, y otra teoría, no es la crítica, sino la revolución. Esta concepción revela que la historia no termina disolviéndose en la «autoconciencia» como «el espíritu del espíritu», sino que cada una de sus fases se encuentra un resultado material, una suma de fuerzas de producción, un componente históricamente creado hacia la naturaleza y entre unos y otros individuos, que cada generación transfiere a la que le sigue, una masa de fuerzas productivas, capitales y circunstancias, que, aunque de una parte sean modificados por la nueva generación, dicta a esta, de otra parte, sus propias condiciones de vida y le imprimen un determinado desarrollo, un carácter especial; de que, por tanto, las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que éste hace las circunstancias.” (Marx & Engels, 2017, págs. 31-32).

Sosteniendo esta tesis nos aseguramos de no caer bajo la crítica de Durkheim a esos marxistas que pecan de ser *materialistas vulgares*, por la cual, en teoría, el marxismo cae en un *determinismo de las causas económicas*, en el que el plano que podemos denominar *ideológico* o *cultural* no desempeña un papel fundamental o siquiera ningún papel en los procesos históricos, y solo importa cómo el trabajo determina la conciencia de los individuos y el devenir histórico (Durkheim, La concepción materialista de la historia., 2016). Engels viene a defender en su *Carta a Bloch* que:

“Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. [...]La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta -- las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas-- ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma.” (Engels, Carta a Jose Bloch, 1890).

1.5 Contra una concepción lineal de la historia.

Intentando explicar tanto las transformaciones en las condiciones materiales como las transformaciones más generales del *Ethos* social, espero no perder de vista la complejidad de los procesos históricos que nos han conducido a nuestras sociedades occidentales actuales. Pretendo también explicar las relaciones de *retroalimentación positiva* que se dan entre ambas esferas de la vida social, no negando por ello que haya *retroalimentaciones negativas* o simplemente *factores estériles*. Aceptar que solo

existen las *retroalimentaciones positivas* sería básicamente caer en una explicación *positivista* de la historia que, si atendemos a los *paradigmas* de cada cultura y de cada momento histórico, sería fácil ver como se cae por sí sola, al no existir continuidad en su desarrollo. Sino que el modelo de dichas sociedades se parece más al descrito por Thomas S. Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas* que a la descripción de Ernest Nagel en *La estructura de la ciencia*⁶. Además esta concepción lineal queda refutada por los estudios de Thurnwald;

“En segundo lugar, la teoría de Thurnwald sugiere que el actual interés de la investigación histórica por el desarrollo gradual, evolucionista de las formas más avanzadas de sociedad a partir de las formas más sencillas puede ser incorrecto. Afirma que las sociedades homogéneas no se convierten en estratificadas sin la intervención de fuerzas exógenas como el contrato cultural, y el esquema del desarrollo evolucionista termina con los feudalismos y los despotismos. La sociedad de mercado del mundo moderno no se considera como una derivación natural de formas feudales.” (Fusfeld, 1976, pág. 393).

No podemos afirmar que de las relaciones económicas del feudalismo se desarrollen de forma darwiniana en las relaciones económicas capitalistas. Si no podemos establecer una continuidad en el pensamiento del burgués y artesano europeo de la Edad Media con el burgués y obrero del S.XIX de la misma región geográfica significa que el desarrollo de la concepción de los mercados, y de los propios mercados, no ha ido evolucionando positivamente, sino que lo ha hecho de forma paradigmática.

1.6 El Ethos social y la sociedad.

Sobre el *Ethos* social he de hacer una pequeña advertencia. Primero, que voy a entender por *Ethos* el conjunto de comportamientos que definen a un animal o su sociedad, dentro de este *Ethos* incluyo los valores y móviles de acción, pues pretendo englobar

⁶ Hago aquí una analogía entre las teorías del desarrollo científico y las teorías del desarrollo de la historia. Como sucede en todas las analogías, sin embargo, su virtud es su defecto, y es que al ser adaptaciones de modelos funcionan únicamente como aproximación formal, más que de contenido.

muchos más aspectos que lo que solemos llamar *ética*. Segundo, comprendo que la sociedad en el sentido amplio que pretendo abarcarla, se puede ver como una *sociedad de sociedades*. No solo los individuos en su asociación producen sociedades, sino que a su vez estas asociaciones, en sus asociaciones forman otras sociedades; así entiendo que las sociedades son conjuntos de personas e instituciones. En las sociedades más concretas (es decir menos abstractas, menos globales) puede generarse un *Ethos* propio; ejemplo de ello es el ethos de la ciencia que Robert Merton estudia en su obra *La Sociología de la Ciencia*. En el segundo volumen de su obra define el *ethos* de la ciencia como “[...] ese complejo, con resonancias afectivas, de valores y normas que se consideran obligatorios para el hombre de ciencia. Las normas se expresan en forma de prescripciones, preferencias y permisos.” (Merton, 1985, pág. 357). Pero este *ethos* de “La Ciencia”⁷ no es un *Ethos* que valga para todas las ciencias, es un concepto general y luego cada rama del conocimiento científico puede generar un *ethos* más concreto, en este sentido encontramos un sistema de valores compartidos por toda *La Ciencia* y luego encontramos otros sistemas pertenecientes a cada ciencia. Como puede ser el caso de la medicina, disciplina que, por su tradición, tiene como uno de los códigos deontológicos *el juramento hipocrático*. Y, como las ciencias, muchas profesiones ya tienen su propio código deontológico, que no es más que una codificación normativa de ese *ethos*, es una codificación de la tradición de los valores, de los objetivos y de la moral consensuada entre individuos que se dedican a determinada actividad en una asociación, formando así un código de conducta que determina las actuaciones dentro de esa asociación. El *Ethos* de *La Ciencia*, sin embargo, carece de código deontológico y el trabajo de Merton, y él tampoco pretende crearlo, solo describirlo, al ser una mera descripción no tiene el potencial normativo de un código deontológico.

Pretendo exportar ese concepto de *ethos de la ciencia* de Merton a la sociedad, desde su comprensión más amplia hasta los conjuntos más pequeños.

Este *Ethos* fragmentado y, en numerosas ocasiones, siquiera codificado, pertenece a las instituciones y asociaciones-sociedad que se encuentran dentro de nuestra sociedad actual; lo que sucede es que, tal como afirma Merton, “[...] el ethos de la ciencia puede no ser compatible con el de la sociedad en su conjunto.” (Merton, 1985, pág. 361), esto

⁷ Lo pongo entrecomillado y en mayúsculas porque me refiero a *La Ciencia* como conjunto de todas las ciencias. Distinguiendo así *La Ciencia* en general de la *ciencia física, química, biológica*, o cualquier ciencia en concreto. Lo mismo hago con la palabra *Ethos* y *ethos*, siendo *Ethos* la general y *ethos* la propia de cada disciplina.

es, los sistemas de valores de los *ethos* concretos entran en contradicción con el *Ethos* de la sociedad que los envuelve.

No solo existe la dificultad de que el *Ethos* este fragmentando, y que muchas veces ni este codificado, de estas dos premisas se puede seguir que muchas veces estos *ethos* de las instituciones y sociedades que se dan dentro de nuestra sociedad actual estén enfrentados lógicamente por los sistemas de valores distintos. Además cabe matizar que esos valores pueden entrar en conflicto, es decir que los valores del *ethos* científico generen en el científico ambivalencias. Y eso mismo puede suceder a cualquier habitante de nuestras sociedades modernas, puede encontrarse en una ambivalencia al encontrarse confundido con los valores del mercado y de la amistad. Así tenemos un problema de conflicto directo e indirecto de los valores de los distintos *ethos*.

Trataré entonces de dar una visión general de este *Ethos* dominante, viendo cómo surge de hábitos, sentimientos y formas de interpretar el mundo que se generan poco a poco, coexistiendo y muchas veces enfrentándose entre sí. Es decir como de los *ethos* concretos se puede lograr un *Ethos* general. De estos enfrentamientos resultará una cierta tendencia, que es precisamente la que conforma el *Ethos*; puede observarse así una forma de actuación que se filtra en mayor o menor medida en toda sociedad e institución humana.

Debido a que hay un elemento común en la forma de subsistencia de todo individuo dentro del sistema económico de mercado, que es la necesidad de vender el trabajo, y además es una de las actividades a las que más tiempo se dedica a lo largo de la vida⁸, me veré obligado a analizar, acompañado de Richard Sennett, cómo el trabajo ha modificado la forma de actuar en otros ámbitos sociales más amplios. Lo haré, sin embargo, centrándome en las últimas décadas, ya que análisis anteriores, como los de Marx o Polanyi, muestran cómo la apertura de los mercados autorregulados produjo una modificación integral de la conducta; es, por tanto, presumible que las modernas y nuevas formas de trabajo han producido y están produciendo cambios en nuestro comportamiento, en nuestros sistemas de valores y, en definitiva, en el *eEthos*, tanto en las micro-estructuras como a nivel macro.

⁸ Se estima que dedicamos a esta actividad de media un 10% de nuestro tiempo vital.

II. Una breve explicación histórica de fundamento para los próximos capítulos.

2.1 Una pequeña anotación.

Hacer un estudio cronológico de todas las políticas económicas, monetarias, sociales y de los mercados, sus preceptos, contextos y consecuencias, no solo de un país, sino de todo un continente como es Europa, es material suficiente para producir una gran obra dividida en varios tomos. Esta amplitud es la que me obliga a limitarme a una pequeña exposición general en este capítulo; pretendo que el contexto ayude a la comprensión de aquello que Polanyi observó entre las décadas de los años veinte y los cuarenta del siglo pasado, cómo se produce una relación con las décadas de los sesenta y los setenta, y las consecuencias actuales de esos dos periodos históricos. Me veo obligado a recordar que estos procesos no tienen un inicio y un fin claros y marcados, muchas veces siguen direcciones opuestas y que las velocidades son muy variables, lo que me lleva irremediabilmente a esta limitada generalidad mencionada a la hora de contextualizar.

2.2 El lugar de la economía en las sociedades preindustriales.

Antes de la existencia de unos mercados autorregulados, los sistemas económicos estaban *incrustados en la sociedad*, así es, al menos, como sabemos que se han mantenido casi todos los sistemas económicos en la humanidad anteriores a la revolución industrial. Pero en cierto momento histórico estos *mercados se liberaron* de la sociedad, y, aunque las sociedades en las que sucedió trataron de controlar los daños que este hecho les estaba causando, en la sociedad occidental, con la estadounidense como máximo representante, los mercados han pasado de la liberación de las riendas de la política a provocar el acompañamiento de esta a sus necesidades, especialmente en los últimos años. Este proceso tomaría varios siglos y atravesaría distintos paradigmas sociales, políticos y económicos, dejando ver su resultado en el debate final que vemos en torno a ciertas políticas, que tiene como una de sus características más destacables el no tratar las políticas en sí, sino sus costes.

Un punto clave para entender la emancipación de los mercados es la “*democratización*” de los bienes y servicios, es decir, la creación de mercados de elementos que antaño no

eran considerados como bienes o servicios, algo que ha sucedido de forma muy marcada con respecto a la mercantilización de la tierra y al trabajo del hombre (si bien el trabajo transforma al hombre en mercancía). Este proceso se dio a la vez que se creaba el sistema de mercados autorregulados que generaban sus propias leyes de funcionamiento; es precisamente a partir de la búsqueda de estas leyes y de sus mecanismos como se desarrollará más adelante la ciencia económica

2.3 Las nuevas escuelas económicas.

Muchos intelectuales de finales del S.XIX e inicios del S.XX abogaron por ese sistema económico en el que los mercados no debían ser regulados por la política. Entre ellos se incluyeron economistas de la Escuela Austríaca como Carl Menger, Gottfried Haberler, Friedrich Hayek o Ludwig von Mises, además de pensadores de otras escuelas e independientes, como Joseph Alois Schumpeter; todos ellos abogaron, principalmente en los años veinte, tras la Primera Guerra Mundial, por seguir con la desregulación de la economía en favor de esos mercados autorregulados en los que no hay intervención social o política alguna. Para materializar sus propuestas, además de teorizar sobre los beneficios de mantener los mercados libres (como con la *teoría goteo*⁹ o *derrame*), también asesoraron a ciertos gobiernos que pretendían regir su economía por la idea del *laissez-faire*. Como ejemplo de ello tenemos las políticas del economista ortodoxo en el *laissez-faire* Alberto de Stefani, que fomentó la privatización de sectores públicos en la economía italiana desde 1922 hasta 1925. Otro ejemplo de ello lo encontramos en Austria, donde entre diciembre de 1922 y finales de 1925 se calcula que se despidieron aproximadamente a 100.000 funcionarios al minimizar las funciones del Estado. En la República de Weimar también se llevaron a cabo políticas liberales durante esa década, pero debido a la profunda crisis en la que se encontraba la sociedad alemana, tanto social como económica y política, usar estas medidas económicas de ejemplo podría resultar engañoso. Sin embargo, deben tomarse en cuenta los casos de Reino Unido y de los EEUU (aunque en situaciones muy distintas, pues mientras que el Reino Unido comenzaba a paliar la crisis que la Gran Guerra había causado, los EEUU vivían los felices años veinte), donde se siguieron aplicando medidas económicas de corte ortodoxas. Estas políticas liberales se aplicaron de un modo tan generalizado en los

⁹ En inglés trickle-down.

EEUU que se consideran una de las causas del Crack del 29: la apertura del mercado bursátil a cualquier inversión, esto es, su desregularización, conllevó su “democratización”, haciendo que incluso los legos de la economía pudiesen invertir (la bolsa se consideraba un ámbito para expertos por aquel entonces), algo que llevó irremediablemente a una gran morosidad en el crédito.

Creo crucial tomar en cuenta la importancia de estos hechos para así comprender nuestra crisis del 2008 y cómo no fue un suceso casual. Precisamente Polanyi trata de advertirnos en *La Gran Transformación* de los peligros de dejar a los *libres mercados* actuar. Durante esos años la economía que podríamos denominar *productiva* (economía industrial y agrícola tradicionales) fue relegada a un segundo plano a favor de la economía financiera; es posible aquí establecer un nexo entre las influencias del *laissez-faire* en ese momento y en la economía actual.

Un punto clave del libre mercado defendido por la Escuela Austríaca de Economía y por la Escuela de Chicago, así como por la mayoría de *economistas ortodoxos*, es la defensa de la *organización espontánea de la economía* y la idea de la sociedad como si de una variable ligada de esta organización (la espontaneidad del mercado autoregulado) se tratase. Ciertamente, se hace comprensible la defensa de la libre organización de los mercados como incentivo a la libre organización social si se parte, como nos dice Foucault en su obra *Nacimiento de la biopolítica: Curso del Collège de France*, de que *se ha gobernado demasiado*. Esta premisa nos lleva por conclusión necesaria que hay que buscar una gobernabilidad menor, es algo que se implica de esa premisa inicial. Respecto a este aspecto político excesivo también se ha defendido una contrapartida, o una solución, a esto que han definido como problema. Su réplica consiste en definir la superioridad de los mercados; para ello se expondrán argumentos de índole positivista¹⁰; algo que se unirá a la definición de esos mercados como espacios de una libertad que la política no puede proveer. La concepción subyacente de esta libertad tiene su base en tomar la libertad individual como un valor casi sagrado, constantemente en peligro ante la tiranía de la mayoría. Otros valores en conjunción con este se generan en torno a la institución clave del mercado. Pero el sistema de valores lo trataré más adelante.

¹⁰ Este tipo de argumentaciones llegan a afirmar que los mercados han existido desde siempre, desarrollándose hasta dar forma al mercado actual. Esto denota una clara confusión entre el mercado como lugar social de intercambio de excedentes con la institución mercantil que, especialmente en el presente, gobierna gran parte de nuestras vidas. Otra confusión que se muestra es la de los mercados aislados y regularizados con un sistema económico fundamentado en el mercado. Este tipo de autores son los denominados formalistas en la antropología económica

2.4 Nacimiento, desarrollo y caída de los *mercados autorregulados* según Polanyi.

El croquis de la historia socioeconómica occidental más reciente puede dividirse en tres grandes periodos, de acuerdo con Polanyi. A lo que yo añadiré otro gran periodo posteriormente que él no llegó a vivir.

Así, el primer periodo, que constituye el más extenso, comienza a inicios del siglo XV y finaliza en 1834 con la derogación de la ley de Speenhamland (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, pág. 155), y es la gestación de este sistema económico de *mercados autorregulados*, que se puede decir que empieza en cierta medida con el mercantilismo (aquí acercamos posturas con Weber), pero no es aún un sistema de mercados autorregulados. Aquí se da la creación de mercados nacionales que hasta entonces no existían en occidente, pero esto no se puede definir aún como *capitalismo*, pues los lazos sociales, políticos y económicos aún están anclados a la tierra, a la tradición, a la religión y a la sociedad. Concretamente, las actividades económicas, mercantiles y políticas aún se organizaban y planificaban no por el móvil de la *ganancia*, como el *capitalismo* necesita, sino que “Bajo el despotismo mercantilista la industria se planificaba con frecuencia para servir al poder y la gloria.” (Polanyi, *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado.*, 2018, pág. 26). En este primer estadio (sin olvidar que en el proceso de la aparición del capitalismo se han dado otras muchas formas de organización socioeconómica antes y durante) se observa principalmente un liberalismo político y moral, no económico. Ciertos pensadores pueden enmarcarse en este tipo de liberalismo, como por ejemplo John Locke, David Hume e, incluso, aunque con cautela, Immanuel Kant.

El segundo periodo se puede definir cronológicamente como aquel que ocupa casi todo el S.XIX e inicios del S.XX. No podría concretarse exactamente porque cada Estado-nación adoptó unas políticas distintas. No puede concretarse con más exactitud debido a las distintas políticas adoptadas por cada Estado-nación; sin embargo, sí se puede afirmar que se caracteriza por la apertura de los mercados, por el desincrustado de la economía respecto de la sociedad, esto es, la independencia a gran escala de los lazos tradicionales de la economía. Aquí es donde se instauró lo que posteriormente trataremos y llamaremos (por continuar utilizando términos de Polanyi) *mentalidad de*

mercado. Además coincide con la *época victoriana* y el auge del Imperio Británico gracias a la apertura de esos mercados autorregulados internacionales. *Las guerras del opio* son un claro ejemplo de cómo el Imperio Británico intentaba imponer las desregulaciones del mercado a naciones extranjeras (encontramos aquí otro ejemplo de cómo el libre mercado no sustituye las guerras, y como se abrió paso gracias a ellas).

El tercer gran periodo es el que corresponde a los *años treinta revolucionarios*, en los que el sistema económico ortodoxo liberal basado en el *Laissez-faire* se empezó a abandonar. Finalmente en la Segunda Guerra Mundial, el sistema de mercados autorregulados llegó a su punto álgido y, de acuerdo, con la expresión coloquial, todo lo que sube baja. O, más bien, en este caso cae, pues “[...] esos pilares fundamentales de la civilización del siglo XIX se erguían todos sobre el mismo basamento, adoptaban, en definitiva, la forma que les proporcionaba una única matriz común: el mercado autoregulado.” (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, pág. 81). El sistema de *libres mercados* se derrumbó y entró en la escena de los mercados el Estado, regulando la economía, con una importancia que no había tenido hasta entonces en ellos. Creo que esta regulación de los mercados y la creación de instituciones políticas que intervenían los mercados a favor de los intereses nacionales es algo muy característico de ésta época. También aquí los gobiernos empiezan a introducirse en la *tierra de nadie* que se había abierto entre la esfera económica y la esfera social. Es lo que Weber llamó *la jaula de hierro*, esto es la creación de grandes instituciones piramidales y burocráticas. Es necesario aclarar que Weber no llegó a vivir la creación de los Estados del bienestar que se formaron tras la Segunda Guerra Mundial, pero vivió en el capitalismo renano de Otto von Bismarck, donde la intervención política tuvo una gran importancia. La economía se organizó de un modo militarizado o jerarquizado, y Todo hombre tenía una función dada por la cúspide de la pirámide. Aquí se desarrolló un tipo de *Ethos* social y económico que contrastaría con el del siguiente periodo, que Polanyi no llegó a descubrir. En este periodo las escuelas económicas que se puede considerar dominantes fueron la keynesiana y la institucionalista americana (excluyo a los países occidentales socialistas, donde se desarrolló la economía marxista). Ambas corrientes proponían una regulación de los mercados por parte del Estado para frenar o acelerar la economía, y esto significó el abandono de la idea de *mercado autorregulado* y del *laissez-faire*.

2.5 La situación actual de los mercados.

El cuarto periodo, que no he enumerado en el esquema que podemos encontrar en *La Gran Transformación*, es el que vivimos actualmente. Su contraste con el anterior periodo parte de que tras los años sesenta y setenta del siglo pasado se han retomado esas ideas liberales, que parecían ya abandonadas, como el *laissez-faire*; se volvió a abogar por el mercado autorregulado, como en el S.XIX e inicios del S.XX. De hecho, el alcance de estos mercados ha alcanzado casi todos los ámbitos de la vida. Si durante el segundo periodo se trató de convertir todo producto en mercancía, ahora ya prácticamente cualquier elemento lo es, algo apreciable en la propia influencia¹¹.

Estos días de pandemia la afirmación del presidente de la republica francesa, Emmanuel Macron:

“Pero lo que ya ha revelado esta pandemia es que la sanidad gratuita, sin condiciones de ingresos, de profesión, nuestro estado del bienestar, no son costes o cargas, sino bienes preciosos, unas ventajas indispensables (...) y que este tipo de bienes y servicios tienen que estar fuera de las leyes del mercado.” (Ayuso, 2020)

Muestra el alcance que los mercados han adquirido. A diferencia de los primeros liberales como Smith, quien defendía que hay cosas con las que no se debe mercantilizar, como la educación, a día de hoy tanto la educación como la sanidad han sido mercantilizadas. Se han mercantilizado ámbitos sociales que en sus inicios los liberales clásicos, aún con cierta mentalidad tradicional o mercantil, no podían concebir como mercancía, aquí hay un salto cualitativo en el paradigma económico; del hay cosas que no pueden ser mercancía al todo es mercancía.

Se podría realizar una comparativa acertada entre el siglo XIX y finales del siglo XX, aunque para ello es necesario tener en cuenta que las instituciones a las que se enfrentaba el libre mercado en el siglo XIX no son las mismas que las instituciones

¹¹ Utilizo ese término para aludir a la actividad de los denominados “influencers”, que componen una ampliación de las técnicas de mercado: trabajan en el marketing de la influencia. Se trata de una nueva aplicación mercantil propiciada por las nuevas formas de comunicación, basada en la teoría de dos pasos. Esta teoría postula que la información se transmite al público a través de los “líderes de opinión”, de modo que media una influencia personal entre medios y público. A pesar de ser de mediados del siglo pasado, ha sufrido un salto cuantitativo de sus aplicaciones gracias a las nuevas tecnologías.

supervivientes del siglo XX. Ya en el XIX, la sociedad sufrió un *shock* del que trataba de recuperarse tras la Segunda Guerra Mundial; los *mercados autorregulados* modificaron las instituciones, costumbres y relaciones entre los hombres sin dejar abierta la posibilidad de un retroceso, por lo que todo nuevo *shock* de los mercados sobre las sociedades se produce y desarrolla sobre los *traumas* sociales pasados. El ejemplo más claro de esta variación está en las diferencias del pensamiento entre las generaciones de los años setenta y las del 2000. Citando indirectamente el trabajo comparativo que hizo Michael Laskaway, Richard Sennett nos dice que:

“Ambos grupos son ambiciosos y tienen educación universitaria; la diferencia más llamativa entre ellos está en la orientación que dan a sus ambiciones. El grupo de la generación anterior pensaba en términos de ganancias estratégicas a largo plazo, mientras que el grupo más reciente lo hace en términos de proyectos inmediatos. [...] En particular, el primer grupo podía definir sus gratificaciones finales, mientras que el otro se mueve entre deseos más amorfos.” (Sennett, La cultura del nuevo capitalismo, 2006, págs. 71-72).

Aquí nos encontramos un cambio de mentalidad bastante importante, pero que no solo abarca este aspecto, sino que se podrían establecer muchos otros puntos que veremos en el último capítulo.

Otra diferencia, además de los procesos del pensamiento, entre la economía de inicios y de finales del siglo pasado es, sin duda, el abandono del *patrón oro*. Aunque el abandono del patrón oro que, aunque se produjo a inicios del siglo pasado en lo que Polanyi denomina *la rotura del hilo de oro*, coincidió con la decadencia descrita por el autor del sistema de *mercados autorregulados*. En Bélgica e Italia sucedió en 1926; en Gran Bretaña, en 1931; en EEUU, como prestamista universal de los países ganadores de la Primera Guerra Mundial con sus bonos de guerra, en 1933; en Francia, en 1936. (Polanyi, La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico, 2016, pág. 436), EEUU lo retomó, sin embargo, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial en unas condiciones distintas, algo que no queda recogido en su obra, ya que no llegó a vivir este momento. No es sólo importante tomar en cuenta lo que hasta el momento había constituido la institución del *patrón oro*, sino que es necesario aludir a un hecho que

prepararía los sucesos de la década de los setenta: el *Nixon Shock*, la rotura unilateral de los acuerdos de Bretton Woods por parte de los EEUU.

Los Bretton Woods fueron una serie de acuerdos económico-financieros propuestos por las Naciones Unidas en 1944 y adoptados por los países más desarrollados de la época en 1946. Están compuestos, principalmente, por dos medidas fundamentales, siendo la primera la creación de un mercado librecambista entre las potencias, bajo la creencia de que el libre comercio mantendría la paz entre las naciones. Esto se sigue de la idea de David Ricardo de la *ley de las ventajas comparativas*: si cada uno se especializa en la producción de distintas mercancías, aumentará la calidad y todos podrán beneficiarse. Un ejemplo que confirma esta ley es el comercio del vino de Portugal y las telas de Gran Bretaña. Entre ellos se dan tanto la especialización como los beneficios de la reducción de los costes productivos, junto con una eliminación de la autarquía de la producción nacional. Se creía que esta dependencia mutua sería la que evitaría las guerras, pero la Alemania de Bismarck (1861-1890) desmiente, al menos en parte, esta idea, pues si bien recibió un beneficio económico de la paz producida por el intercambio, utilizó esa paz para ganar influencia sobre los aliados del sur. Así, en la década de 1870, abandonó las medidas librecambistas y tomó medidas proteccionistas sobre su economía. Esto llevó a la formación de dos bloques; por un lado, los países liderados por Alemania en una comunidad de librecambismo con aranceles al exterior; por otro, el grupo encabezado por Gran Bretaña como defensor del librecambismo a modo de evitar la guerra (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, págs. 64-65). Lo que este suceso muestra es que la idea del libre intercambio como generadora de paz parte de una situación idílica, en la que las partes participantes se encuentran en una situación de igualdad respecto a países e industrias (algo que ya intuitivamente parece irreal), obviando así que las economías más desarrolladas acaban fagocitando a las demás. Si bien no se puede negar que la dependencia material puede funcionar como inhibidor de las acciones bélicas, no puede olvidarse que esta misma dependencia puede, precisamente, alimentarlas.

Se hace necesario recordar que las guerras no representan un elemento moralmente reprobable para los mercados, pues aquello que no alcance un mercado nacional, será alcanzado por otro. Lo que sí plantea un problema es una gran guerra entre naciones poderosas donde los fundamentos monetarios e industriales de los Estados se verán resentidos. EEUU ha logrado ser la potencia económica que es a día de hoy porque supo

inundar los mercados europeos con sus mercancías mientras las industrias europeas estaban en llamas por la batalla o en ruinas al finalizar la guerra; fueron estos los mercados resentidos y destruido. El caso de la guerra ruso-turca de 1877, por ejemplo, se dio por el incumplimiento de compromisos con las potencias económicas del momento (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, pág. 59). De todos estos casos se extrae que el comercio puede tanto favorecer la paz como la guerra; el libre intercambio no es necesario para la paz, aunque sí puede ayudar a mantenerla.

El segundo de los grandes acuerdos fue la creación del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, usando el dólar estadounidense como moneda de referencia internacional. Y es sobre este punto en el que radica la importancia del *Nixon Shock*. Y aunque los EEUU habían abandonado el patrón oro en el 1933 con el New Deal, les obligó a adoptar un nuevo patrón oro al ser el país con las mayores reservas del mundo, de modo que la onza de oro debía mantenerse a 35,00 dólares de forma constante. Se permitió también, mediante la creación de un nuevo apartado, el cambio ilimitado de oro por su precio constante en dólares. Este punto es importante porque se creaba un patrón monetario basado en una divisa que, a su vez, se fijaba en torno a un metal precioso a un precio constante, además de que permitía conocer a cualquier obrero, empresario o inversor la cantidad de oro que podía comprar con su trabajo, o a cualquier empresario calcular sus ganancias en oro, volviendo a ser el oro una moneda *universal*. Hay que decir que este nuevo tipo de patrón oro era un tipo muy distinto de patrón oro al que había anteriormente, donde el valor de la moneda de un Estado queda ligado a la cantidad de oro en sus reservas. En la década de los años veinte “[...] la restauración del patrón oro había sido el símbolo de la solidaridad mundial” (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, pág. 76) y con su abandono en los años 30, podemos interpretar que, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, la vuelta a este patrón seguía siendo un ejemplo de esa solidaridad que se estaba perdiendo en el *periodo de entreguerras*.

La más importante de las medidas del *Nixon Shock*, como decía antes, fue el abandono de ese patrón oro, y sobre todo la posibilidad de poder intercambiar directamente del dólar estadounidense en oro. Esto implicó que el dólar estadounidense pasase de ser una moneda mercancía a una moneda fiduciaria o fiat; el dólar dejó de tener el valor

intrínseco que poseía con el respaldo del oro, que ahora por imposición gubernamental seguía poseyendo un valor legal.

Según el BCE (Banco Central Europeo) “Fiat currency is established by governments to centre an economy onto one kind of transaction medium (e.g. euro, US dollar and yen). [El dinero fíat es aquel dinero establecido por un gobierno para enfocar una economía hacia un cierto medio de intercambio (p. ej. el euro, dólar o yen, entre otros)]¹²” (© European Central Bank, 2015, pág. 33). Investigando el trasfondo de a las monedas fíat nos encontramos con que el valor de la moneda se la otorga la confianza que tienen los agentes económicos en que esta moneda sea aceptada como medio de intercambio; se pasa de un *valor objetivo* que era el oro (o el de otro metal), a un *valor subjetivo*, que es esta confianza.

Puede decirse que dar valor a una moneda por las reservas de metales preciosos deja entrever una cierta tradicionalidad en el comercio, pues por ejemplo, en el Imperio Romano, se utilizaba de moneda el *denario argentum*, el valor de estas monedas representaba el valor en plata que poseía; un metal precioso daba el valor a la moneda. Este sistema se utilizó también con anterioridad. Y este sistema se utilizaba también de manera simbólica con el papel moneda en sus inicios, donde el papel representaba una cierta cantidad de un metal precioso por el que se cambiaba. El abandono de este patrón significa otra ruptura con la tradición monetaria y mercantil, liberalizando la moneda de esa antigua relación, para pasar a ser un decreto legal o la confianza en esa moneda lo que determina el valor.

El abandono del patrón conllevó la creación de un nuevo mercado de divisas muy voluble e inestable, el denominado *Mercado Forex*¹³. El *Forex* fue creado en 1972 en la Bolsa de Comercio de Chicago apoyando en este nuevo modelo de dinero fíat, y a día de hoy es el mayor mercado a nivel mundial, en el que sobre todo hay operaciones de compraventa de activos financieros. Posteriormente:

“[...] en los años ochenta y noventa, los gigantescos fondos de pensiones y los pequeños inversores privados siguieron su ejemplo en búsqueda de nuevas oportunidades en ultramar. Los negocios bancarios se transformaron para hacer

¹² Traducción propia.

¹³ Foreign Exchange Market

frente a este cuerno de la abundancia. La banca mercantil se hizo verdaderamente internacional.” (Sennett, La cultura del nuevo capitalismo, 2006, págs. 38-39) .

2.6 Consecuencias de la liberación del mercado del dinero.

Estos nuevos cambios en las finanzas cambiaron también los tejidos de las empresas. Empezó a surgir la figura del accionista o inversor, pieza clave para entender la nueva forma de operar de las empresas. Durante el periodo anterior, en el que los Estados intervenían en los mercados, se tenía una visión estratégica a largo plazo de los beneficios, pues las empresas tenían unos dueños claros. Ahora con la entrada en acción de los accionistas en estas empresas, apareció un poder empresarial de forma exterior, lateral y paralela a la propia empresa. Los inversores de bolsa presionaban a las empresas para lograr subidas en bolsa y poder seguir *jugando* a su *juego* bursátil, donde lo que importa no son las ganancias de la empresa a largo plazo, sino las ganancias a corto plazo de los inversores; estas ganancias no están ancladas a la productividad de la empresa como antaño, sino que vienen marcadas por el nuevo concepto del dinero *fiat*, *la confianza*. Esta confianza no surge por la capacidad de lograr ganancias de la empresa, sino por la de amoldarse a los preceptos de flexibilidades, pues esta flexibilidad es la que se requiere para jugar en mercados bursátiles. Este poder lateral se pudo crear porque el poseer acciones de una empresa significa tener cierta parte de esa empresa. Si ahora los inversores son parte imprescindible del mando de la empresa, subordinan sus intereses al de la estructura institucional de la empresa que ya existía, un problema central que Sennett muestra en su libro. Las instituciones piramidales, burocráticas, con una estructura sólida y marcada fueron la piedra angular durante el tercer periodo que hemos delimitado en el desarrollo del capitalismo: “[...] la solidez institucional se convirtió en una inversión más negativa que positiva.” (Sennett, La cultura del nuevo capitalismo, 2006, pág. 40). Ello se debe a que una estructura diseñada para lograr beneficios a largo plazo buscando crear una estabilidad no se adapta a los nuevos imperativos de un mercado que busca lograr beneficios a corto plazo, es decir, no se adaptan a los intereses de los inversores, que además no están

interesados en la productividad de las empresas sino en la compra-venta de acciones en la bolsa, es decir: se interesan por hacer atractivas esas acciones. Entra a jugar un factor ajeno a la propia empresa en la empresa, y este nuevo factor puede dar lugar a hechos tan curiosos como que una empresa registre pérdidas de beneficios y de productividad, y a la vez siga creciendo su cotización en bolsa. Esto es algo que se ha registrado en muchos casos tras la flexibilización de las empresas para hacerlas atractivas a los mercados, creándose empresas organizativamente estériles pero atractivas, o lo opuesto, empresas que incluso logrando ser más productivas y registrando ganancias, pueden perder valor en bolsa.

Podemos señalar que la valoración de la confianza que da a los inversionistas la flexibilización de la empresa no es más que un valor que se ha entronizado en la economía financiera, pero que puede ser contraproducente a la propia economía productiva. Aquí podemos encontrar cómo en el propio sistema económico de mercados autorregulados se pueden adoptar valores totalmente antagónicos en dos ámbitos económicos distintos, siendo una de las dificultades que encontrábamos antes a la hora de hablar del *Ethos*.

Esta flexibilización y bursatilización de los mercados no vinieron solos, sino que estos cambios pudieron darse al desarrollo de las nuevas tecnologías en la comunicación. Gracias a la informática, la información, que antes debía moverse por toda la pirámide institucional para poder ser ejecutada, ahora se distribuye instantáneamente, pudiendo eliminarse las capas intermedias entre el centro de mando y la mano ejecutora. La informática permitió a los mandos dar órdenes que debían ser aplicadas inmediatamente en las bases. Pero el desarrollo de la informática no se quedó aquí, sino que permitió el desarrollo de la robótica y de la automatización de procesos de gestión y de producción que hasta entonces ocupaban personas. Creo que esto será un punto clave para analizar las grandes transformaciones en las formas de trabajo de estos mismos años, no sólo en cuanto a su ejecución, sino también a nivel de organización. Es posible apreciar el cambio fundamental que se ha producido en las nuevas formas de trabajo y la aparición de un poder nuevo frente al tradicional de la empresa, que es, a día de hoy, quien dirige todas las empresas, retomándose las ideas del mercado autorregulado.

2.7 Similitudes entre la segunda y cuarta etapa.

Resumiendo, este nuevo paradigma, en contraposición con el anterior, está marcado por el abandono de las políticas keynesianas en Europa, siguiendo los pasos de la potencia económica de los EEUU, que es la que ha marcado el compás a seguir económicamente, y quien abandonó los ideales del institucionalismo americano en favor de las tesis de la Escuela de Chicago de Economía. Hay que tener en cuenta que en casi toda la sociedad occidental se está produciendo un auge del individualismo que culminaría con el *Mayo del 68*. Desde entonces se han ido abandonando las políticas económicas de bienestar social o enfocadas a una “*economía social de mercado*” para dar comienzo a políticas neoliberales de *desregulación* de los mercados, disminución del control de la economía por parte del Estado y del Gobierno, disminución del gasto público y privatización de empresas estatales, retomando así uno de los grandes ideales del paradigma anterior, el *laissez-faire*. Así, de nuevo Occidente vuelve a abogar por la libre circulación de esas tres (o dos) *mercancías ficticias*, según Polanyi, y por la creación de *mercados autorregulados*, de *precios autorregulados* o “libres”, libre circulación del trabajo, capital financiero y todo tipo de mercancías, tanto bienes de consumo como servicios. En este nuevo paradigma el peso de la economía se desplazó del sector secundario de la economía al terciario, es decir, se pasó de una economía basada en la producción industrial a una económica centrada en las actividades relacionadas con los servicios. Se empezó a dar gran importancia a los sectores del comercio, comunicaciones y, sobre todo, finanzas. Aunque este cuarto periodo sea económicamente y diametralmente distinto al segundo periodo, hay cierta similitud en el ideal de cómo han de operar los mercados; aunque los mecanismos sean distintos, la idea del *laissez-faire* se ha vuelto a colocar como idea normativa principal.

No puedo hablar de que entre el segundo y el cuarto periodo haya un mismo *Ethos* porque hay mayor similitud entre el segundo y el tercer periodo que entre cualquiera de estos dos con el *Ethos* del último periodo, y lo interesante es analizar la transformación de este *Ethos*, pues es lo que nos ha llevado a la evolución de la mentalidad occidental. Creo que un punto muy esencial para comprender esa radical transformación en este *Ethos* social es la pérdida de la noción de comunidad por la cimentación en los primeros años del siglo pasado del individualismo moral y posteriormente en su consolidación. Esto lleva a poder aplicar las leyes de la dialéctica, concretamente la segunda formulada por Engels, y es que “en un determinado punto de alteraciones

cuantitativas se produce repentinamente un cambio cualitativo” (Engels, Anti-Dühring, 2014, pág. 192). Tengo la creencia de que este auge del individualismo que ha transformado las sociedades ha sido causa de la disolución de los antiguos vínculos sociales que unían a los hombres de una comunidad entre ellos y con el conjunto de la sociedad, pero que a la vez ha habido un proceso de ocultamiento del carácter social de la subsistencia que ha alimentado dicho individualismo.

2.8 ¿Estamos ante el inicio del fin de una nueva etapa?

Creo que este cuarto paradigma está llegando a su fin o al inicio del fin. ¿Por qué? Porque si atendemos a las políticas de los EEUU durante los años setenta predominaba la búsqueda de la globalización, mientras que actualmente hay un proteccionismo en auge en las políticas de Donald Trump. La diferencia es que en los años setenta EEUU estaba en una posición ventajosa respecto a Europa porque los EEUU se habían adueñado de los mercados europeos tras la Segunda Guerra Mundial y el famoso Plan Marshall, que fue en principio un plan para resucitar Europa, pero también sirvió para crear una posición de superioridad económica de los EEUU frente a Europa, donde la potencia americana se beneficiaba de los mercados autorregulados y sin medidas proteccionistas. Ahora tenemos a China, que pese a tener una economía que ellos mismos defienden como *economía de mercado socialista*, han entendido que necesitan de la globalización para poder seguir creciendo. Mientras que los EEUU cierran sus fronteras al libre comercio, China las abre. Así, un país que en los años 70 defendía la creación de organismos internacionales para el libre comercio, ahora mismo tiene un gobierno que desconfía de ellos, mientras que a la vez se está creando un polo de poder económico opuesto y que parece estar cambiando la ecuación del foco de poder dominante, abriéndose a esas organizaciones internacionales para ampliar su círculo de influencias. La crisis en la que nos ha sumido el COVID-19 pone de manifiesto que el modelo económico y político hegemónico de Occidente ampliamente influenciado por la superpotencia de los EEUU está comenzando a romperse. Prueba de ello es que, ante la llamada de auxilio italiana, en un primer momento sólo ha acudido China (Menor, 2020), y sólo más tarde se han sumado sus aliados con una ayuda inferior en cantidad y calidad. Este abandono de uno de sus países a su suerte y que el bloque antagónico al dominante se haya ofrecido a su auxilio puede suponer que este tipo de orden occidental

no sea *eficiente* y que la *hegemonía norteamericana* que ha desaparecido (o está desapareciendo), ya no puede, como hizo en 1945, auxiliar a las naciones europeas en peligro, o que necesitaban su apoyo. Creo que esta crisis ha puesto de manifiesto cómo ni los EEUU ni la UE pueden mantenerse como un bloque más o menos hegemónico porque no son capaces ni de cuidar de sus propios aliados, por parte de los EEUU, o de sus miembros, por parte de la UE. Se puede decir que en este 2020 el país que aplica el Plan Marshall ya no es EEUU, sino China, quien está auxiliando a otros Estados en esta crisis y así extendiendo sus mercados, y puede ser China la que se beneficie del auxilio a Europa en esta crisis, no solo de forma económica, sino política. Mi tesis es que estamos en un periodo de *des-globalización* por parte de los EEUU, pero en uno de *globalización* por parte de China, porque parece ser que cuando un imperio, superpotencia, potencia o bloque hegemónico está en declive tiende a encerrarse y protegerse de los ataques que otra superpotencia (o muchos pequeños bloques) en auge, como es la china, le propicia a la anterior para sustituirla. Esta tesis la sostengo¹⁴ fijándome en el Imperio Británico, que, cuando peligraba su hegemonía comercial, dejó de lado las políticas del libre comercio y abogó por medidas proteccionistas. Así los EEUU recogieron el relevo que Gran Bretaña iba soltando y pasó a ser la potencia mundial. Creo que los EEUU están apostando por medidas similares para intentar mantener cierto poder.

Esta pérdida de hegemonía estadounidense también se puede ver desde punto de vista militar, pues en estos últimos años EEUU cada vez se ha visto obligado a abandonar sus bases militares en diversos países como en Afganistán o Iraq. He de anticipar que esto no es más que una suposición, puesto que es algo que estamos presenciando en estos días de crisis y de total incertidumbre; sólo el paso del tiempo corroborará o falsará esta teoría y otorgará una visión histórica de los cambios y su gravedad que se están produciendo.

Además, actualmente estamos viviendo unas caídas en bolsa mucho más rápidas que las del Crack del 29: “La caída en el valor de las acciones en menos de un mes que lleva el mercado bajista es más rápida y más intensa que la de casi cualquier otro crack bursátil de la historia.” (Descifrado, 2020). Pero aún es pronto para asegurar que las bajadas serán mayores que las del Crack del 29, que provocó, como decía antes, que las políticas

¹⁴ La sostengo en el marco histórico del capitalismo. No busco extrapolar esta tesis más allá del siglo XIX.

monetarias cambiasen por completo, además de ser causa una de las peores crisis sociales del último siglo: la Gran Depresión.

Aun a pesar de ser demasiado pronto, el 9 de marzo de 2020 se ha decretado ya como *Black Monday (2020)*, y es que además de la gran caída del mercado de valores, esta se ha producido en plena *guerra comercial* entre los EEUU y China y entre la *guerra de precios* del petróleo entre Arabia Saudita y Rusia. Esta última ha sido causada por la ruptura de los diálogos entre los miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Todas estas disputas, junto a la crisis climática, no hacen sino aumentar la incertidumbre y las posibles consecuencias futuras, pero vuelvo a reiterarme: sólo con el paso del tiempo se podrán observar los cambios políticos, si los hay.

Todo esto puede provocar una nueva etapa en el sentido de nuestros sistemas económicos y políticos como puede no hacerlo. Siquiera conocemos los detalles que son los que pueden marcar la diferencia. Aún es pronto para saberlo, pero si sufrimos una crisis similar a la del 29, tenemos motivos más que suficientes como para pensar que se van a producir cambios, pues, como por aquel entonces, esa crisis no solo fue económica, sino que también política. El Crack del 29 no fue un causado por un factor único, sino que hubo muchos otros factores como los que expone Polanyi en *La Gran Transformación*, y yo, acercándome a esa tesis historicista he tratado de dar algunos motivos, aun de un modo simplista, por los cuales creo que se puede producir un cambio como los que se dieron en *los años treinta revolucionarios*. Los hechos apuntan a que un sistema económico y político no basado en *el mercado autorregulado* como es el chino (al menos en teoría), está ganando terreno al sistema liberal de Occidente desde los años setenta, pues este sistema ha materializado cada vez más esa teoría liberal que asume el buen funcionamiento del libre mercado.

Pese a esta hipótesis de que se está abriendo un *quinto momento*, aún seguimos en el que hemos decretado como el cuarto, y creo que la mentalidad occidental de este cuarto momento que he trazado del capitalismo sigue operativa. Aunque China esté obteniendo cada vez más influencia en el mundo y esté haciéndose económicamente más poderosa, no hay que olvidar que la mentalidad occidental también se ha filtrado en su sociedad. Esto se puede observar en las diferencias de mentalidad entre las generaciones de mediana edad y los más jóvenes de un modo similar a lo que mostró el

estudio que mencioné anteriormente, aunque en relación a otro aspecto: los primeros aún tienen un gran respeto por la tradición y la familia, mientras que esos valores en los más jóvenes se han ido *oxidando*.

2.9 La globalización no es nada nuevo.

Como último apunte, creo que en mi postura subyace una idea que considero importante destacar, pues muchos autores asegurarían que es falso. La idea que subyace es que la globalización no es algo característico de este cuarto periodo de las formas de organización económica. La globalización ya se pudo observar con el inicio del capitalismo, pues ya Marx vio cómo el capitalismo estaba llegando a todos los rincones de nuestro planeta, algo que expone en *El manifiesto comunista*. Reitero de forma más clara esta idea, la *globalización* no es algo característico y único de la época de la cuarta revolución industrial era de la información, la globalización no es un suceso posmoderno, sino es algo intrínseco de la modernidad. A pesar de que durante mediados del siglo pasado esa globalización fue más atenuada, creo que fue simplemente causa de los programas políticos de ese tercer periodo, que trataron de acotar los riesgos propios de los mercados libres. El proceso de globalización que se dice que se ha dado con la tercera revolución industrial ya se dio con la primera, se siguió con la segunda y la cuarta está siguiendo la misma dinámica. Afirmar que la tercera revolución industrial es la causante de la globalización gracias a las tecnologías de la información demuestra una visión de muy corto alcance sobre los procesos expansionistas de las naciones europeas a finales del siglo XIX e inicios del XX; únicamente podríamos afirmar que estas nuevas tecnologías lo que han vuelto instantánea la transmisión de información, algo que no sucedió en las revoluciones anteriores.

III. La mentalidad de mercado.

Perdóneseme la expresión pero, habiendo ejercido el papel de Marx a la hora de explicar las condiciones materiales y su influencia en la cultura, me gustaría ahora ejercer el papel de Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* para recorrer el camino complementario: cómo los cambios culturales han amparado los materiales en la vida de las personas. Ambas visiones de lejos pueden parecer opuestas, pero realmente creo que son complementarias a la hora de explicar los cambios sociales. Creo que son pensadores complementarios porque, de forma un poco reduccionista, mientras que Marx parte de cómo la fábrica está modificando nuestro pensamiento, Weber muestra cómo nuestro pensamiento ha sido el que ha creado la fábrica. Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* llega a admitir que su visión es complementaria a la de Marx y que no quiere entrar en conflicto con él, y creo que Marx podría admitirlo por la cita que hice en la introducción de *La ideología alemana* y que recordando y concluyendo la cita viene a decir: “[...] por tanto, las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que éste hace las circunstancias.” (Marx & Engels, 2017, pág. 32). He intentado exponer brevemente como las *circunstancias han hecho al hombre*, y ahora quiero exponer brevemente como *el hombre ha hecho las circunstancias*.

3.1 ¿Por qué mentalidad de mercado?

He escogido este nombre porque es el que da Polanyi a uno de sus artículos, concretamente, el artículo se titula *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado*, pero he decidido eliminar el adjetivo “*obsoleta*”, pues contiene connotaciones demasiado peyorativas.

Esta nueva *mentalidad de mercado* se puede, y se debe, tratar como un tipo de *razón práctica* kantiana o como una ideología marxista. Si afirmo esto es porque esta nueva *mentalidad de mercado* nos ha impuesto unas formas de operar que antes de la revolución industrial apenas existían o si lo hacían estaban muy acotadas. Precisamente señalo la búsqueda de ganancias como *razón práctica kantiana* porque puede comprenderse como *imperativo categórico* de este modo de pensamiento, pero también lo asocio a la *ideología marxista* en tanto que generadora de realidad. Estos dos nuevos

móviles producen nuevas condiciones de vida que modifican la conducta, los imperativos y los valores. No he querido utilizar simplemente el término ideología que maneja Marx ya que tanto las corrientes marxistas como las liberales poseen esa *mentalidad de mercado*.

Brevemente, pero en un primer acercamiento que creo que va a ser muy esclarecedor, voy a definir la *mentalidad de mercado* como el sistema de pensamiento que intenta comprender el mundo a partir de las leyes de la economía. Si digo que intentan comprender “el mundo” es porque hay personas que llegan a intentar explicar el comportamiento de las sustancias físicas, químicas y hasta de los animales mediante el “cálculo puramente racional” de costes-beneficios, o placer-dolor. Por ejemplo, pueden tratar de explicar el comportamiento de un lobo afirmando el lobo cazará una presa si un cálculo racional de si esa presa le va a dar más energía de la que va a gastar al cazarla es beneficioso, o que el comportamiento de los electrones en la conductividad es debido a que circulan por donde menos trabajo le “cuesta”, olvidando así toda la física de los materiales conductores. En esta mentalidad se dan dos fenómenos que pasan desapercibidos, una entronización y una malversación del utilitarismo, y se genera también una teoría nueva de la acción social, donde los valores quedan abandonados.

Si digo que tanto marxistas vulgares como liberales caen en esta *mentalidad de mercado* es porque ambas corrientes “*desincrustan*” la economía del ámbito de las relaciones sociales, pero esto se matizará más adelante en el caso del marxismo vulgar. En ambas teorías aparece la economía separada de la sociedad, aparece la “ciencia económica” o la “economía política” como determinante de la sociedad. Ambas teorías separan y otorgan un carácter mayor a la economía que el que realmente ha tenido en la determinación de las instituciones, pues estudios los estudios antropológicos como los de Bronisław Malinowski o Richard Thurnwald demuestran que la economía ha estado “*incrustada*” en la sociedad, tal como muestra Polanyi.

3.2 Economía formal y sustantiva.

Antes de seguir con la *mentalidad de mercado* me gustaría resaltar lo que creo que puede ser una gran diferencia entre las mentalidades liberales y marxistas dentro de esta *mentalidad*, y es que hay dos conceptos de economía en juego. Además creo que es

evidente que ambas posturas se diferencian en gran medida por sus propuestas políticas, que parten más que de conceptos distintos de la política y de sus pilares fundamentales; la diferencia, en resumen, está en la institucionalización de la economía, que es la que le otorga valores, motivaciones y método; actualmente, una de las motivaciones de los mercados autorregulados es el *laissez-faire*, que implica la desaparición de las condiciones sociales que determinan el motor de actuación de los individuos, sin el que no se daría ningún tipo de actividad. Es interesante, sin embargo, cómo el *laissez-faire* necesita de dos motivaciones para sustentarse, que son el *hambre* y la *racionalidad instrumental económica*, es decir, la búsqueda del mayor beneficio al menor costo.

Como trasfondo a este problema de institucionalizar la economía entre marxistas (o mejor dicho *entre Marx*) y liberales (sobre todo pertenecientes a los marginalistas, y posteriormente a las escuelas de economía de Austria y Chicago) hay una diferencia que pasa muy desapercibida, y es el propio concepto de economía. Cuando los marxistas y los liberales hablan de la economía hablan de dos conceptos distintos, podemos afirmar que los marxistas, debido al *materialismo histórico*, hablan de una economía, que Polanyi denomina *sustantiva* (Polanyi, *La economía como proceso instituido.*, 2018, pág. 49) o *real* (Polanyi, *La economía como actividad institucionalizada.*, 2014, pág. 187)¹⁵, mientras que los liberales hablan de la economía en sentido puramente *formal*. Polanyi define así cada cual:

“El significado real [o *sustantivo*] deriva de la dependencia en la que se encuentra el hombre respecto a la naturaleza y a sus semejantes para conseguir sustento. Se refiere al intercambio con el entorno natural y social, en la medida que esta actividad la que proporciona los medios para satisfacer las necesidades materiales.” (Polanyi, *La economía como proceso instituido.*, 2018, pág. 187)

El significado formal deriva del carácter lógico de la relación medios-fines en la actividad productiva, este significado formal se hace más evidente en el significado de palabras como *economización*. Se refiere a la elección entre los usos diferentes de los medios, dada la insuficiencia de estos medios, es decir, a la elección entre utilizaciones

¹⁵ Dependiendo del traductor se usa el término *real* o *sustantivo*. Sinceramente prefiero y utilizaré el término *sustantivo*, pues no tiene las mismas implicaciones que el término *real*. También prefiero el término *sustantivo* porque quiere decir que se ocupa de aquello que compone la economía, la actividad humana.

alternativas de recursos escasos. “Si llamamos “lógica de la acción racional” a las normas que rigen esta elección de medios, podemos designar a esta variante de la lógica con el termino improvisado de economía formal.” (Polanyi, La economía como actividad institucionalizada., 2014, pág. 187).

Queda claro que Marx se acerca a un análisis de la economía distinto que los liberales. Marx, al estudiar los *modos de producción*, analiza cómo diversas sociedades se organizan en función de la *propiedad privada*. El problema es que lo sigue viendo desde la *mentalidad de mercado*, de modo que su análisis de la sociedad se lleva a cabo desde la separación de la economía de otros tipos de valores que no sean el valor del *interés de clase* (a diferencia de los liberales, que defienden la búsqueda de beneficios). Reduce las motivaciones humanas económicas a una única motivación, la motivación del *interés de clase*, y en función de a qué clase pertenezca el sujeto y qué interés de clase sea su motivación, ese sujeto estará *alienado* o tendrá conciencia de clase. Pero al menos, Marx, comprende en este aspecto que la economía es una acción humana, y como tal la entiende como una forma de relación de los hombres entre sí y de los hombres con su entorno.

Sin embargo, los liberales tienen una comprensión diametralmente opuesta que sitúa las relaciones humanas en términos económicos. Esto se debe a que la economía como ciencia se ha desarrollado con el nacimiento del capitalismo, donde los mercados realmente han operado con esa lógica de medios-fines. La nueva forma de organización social donde la subsistencia del hombre dependía de un cálculo racional de medios-fines se ha dado con la implantación de los mercados. Además se ha dado con otro de los presupuestos de la economía marginalista, la *escasez*. Creo que aquí la crítica a los formalistas es clara: “La teoría económica moderna, [...], trata de separar lo económico de otros aspectos de la sociedad. Se han utilizado para ello dos conceptos simplificadores: el principio de maximización y el de asignación.” (Fusfeld, 1976, pág. 390). Con el surgimiento del capitalismo donde el trabajo, como afirma Marx, se ha convertido en un *trabajo asalariado*, se vende trabajo por dinero, y el dinero aquí se ha vuelto la mejor mercancía por excelencia, que debe ser asignada de tal manera que la maximización sea la mejor posible. Con el dinero el *principio de escasez* que subyace al *laissez-faire* se cumple, cosa que con otros recursos no sucede. El *principio de escasez* viene a ser una forma de elección entre los medios y sus diferentes usos en función de lo que el mercado impone, pero en momentos de escasez, donde puede comprobarse dicho

principio, no se cumple. Por ejemplo, podemos tomar los acontecimientos recientes del COVID-19, donde las camas de hospital escaseaban, y el criterio de asignación de recursos era la probabilidad de que el paciente sobreviviera y no las leyes del mercado. No quiero interpretar esta decisión política en términos morales, solo expongo cómo ha sucedido y cómo los recursos escasos tienen vías sociales, y no económicas, de redistribución.

Durante los inicios de los *mercados autorregulados*, la segunda etapa anteriormente definida, no se necesitó hacer esta distinción entre *economía formal y sustantiva*. Por ejemplo, Durkheim, sin pertenecer a ninguna de las anteriores corrientes (marxista y liberal), no tuvo necesidad de distinguir entre las dos definiciones que hemos dado de economía. Esto se debe a que en Europa, durante el siglo XIX, ambos tipos de economía se daban a la vez, y a la hora de estudiar cómo el hombre europeo se comportaba económicamente, coincidía que las relaciones sociales de subsistencia buscaban una maximización de bienes, pero si queremos entender los cambios humanos que el capitalismo ha generado en la forma de actuar del hombre, debemos entender esta distinción entre las dos economías. Pues la concepción *formalista* de la economía impide ver lo que la antropología nos permite, que la economía no se da solo en el mercado, sino que históricamente ha estado arraigada a procesos económicos institucionalizados y no institucionalizados, como pueden ser la redistribución (institucionalizada)¹⁶ o la reciprocidad (no institucionalizada)¹⁷.

Si entendemos que son las instituciones las que dan motivación al hombre nos encontramos ante dos problemas ante la concepción *formalista* de la economía. Primero, olvidamos las instituciones (que no sean el mercado), que históricamente nos han dado los motivos para actuar, y segundo, al haber eliminado dichas instituciones que nos daban valores para actuar, ahora los valores de la acción nos los otorga la institución del mercado. Aquí es donde entra la *razón práctica* kantiana, es el mercado la que nos empieza a dar el *imperativo categórico*, o la motivación práctica, de la búsqueda del máximo beneficio. Y en esta distinción de los conceptos de economía que se puede atribuir a Marx y a los marginalistas, hemos encontrado una forma que ha tenido esta

¹⁶ Las Leyes Inglesas de Pobres.

¹⁷ Como puede ser *el espíritu de la cosa dada* de las sociedad Maorí, tal y como expone Marcel Mauss en su obra *Ensayo sobre el don, forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*.

nueva organización económica de modificar nuestra conducta y acercarnos un poco más a la mentalidad de mercado.

Además, algo que quiero destacar, es que la concepción *formalista* de la economía, donde toda ella se concibe desde los mercados, no encaja bien los modelos antropológicos de economía de reciprocidad, redistribución e intercambio, o “*economía moral*”. Avanzando hasta nuestros días:

”Lo que más descaradamente se echa en falta en el cálculo económico de los teóricos, y figura en primer lugar de la lista de objetivos de la guerra comercial elaborada por los profesionales del mercado, es esa vasta área de lo que A. Halsey llamó “economía moral”, en la que entran los bienes y servicios compartidos en familia, la ayuda entre vecinos, la cooperación entre amigos: en suma, todos los motivos, impulsos y actos con los que se tejen los lazos humanos y los compromisos duraderos.” (Bauman, Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos, 2018, págs. 103-104).

En esa “economía moral” creo que pueden entrar perfectamente los procesos económicos no institucionalizados de la reciprocidad. Mostrando otro cambio de actitud del hombre que vive en estas sociedades de *mercado autoregulado*, como decía antes, la institución que nos da los móviles de acción es la que quiere acabar con esos móviles “morales” de la acción humana, pues como acabamos de exponer, no encajan bien con sus imperativos; la *moral* no genera ganancia.

Realmente la distinción entre la economía *sustantiva* y la *formalista* es una distinción más necesaria para el método de estudio de sociedades ajenas a la occidental moderna tras el S.XIX, donde la economía estaba *incrustada* en la sociedad. Sobre la concepción *sustantiva* de Marx, no hay que olvidar que Engels le influenció en gran medida, y una de sus grandes obras fue *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, donde trata de analizar la economía de esas sociedades antiguas y predecesoras a nuestra economía a partir de principios antropológicos, concretamente desde los pioneros estudios de la antropología de Lewis Henry Morgan.

3.3 ¿En qué consiste la *mentalidad de mercado*?

Tras este paréntesis en el que he tratado la distinción de significados de *economía* o *lo económico* que podemos encontrar entre ambas corrientes, y sobre cómo es un tema transversal a la *mentalidad de mercado*, voy a seguir explicando el *quid* de la *mentalidad de mercado*.

Aunque los marxistas contemplen las relaciones sociales en la economía, también se encuentran dentro de la *mentalidad de mercado* porque presuponen una teoría de la acción social e individual del hombre muy cercana a la de los liberales, y propia de esta *mentalidad*. En este sentido, Polanyi entiende que se ha instaurado una forma nueva, y a la vez aceptada axiomáticamente, de pensar el comportamiento social e individual, lo cual ha generado lo que decíamos antes, una nueva forma de realización de la acción humana, un nuevo tipo de realidad social, que permitía identificar en nuestro momento histórico ambos conceptos de economía aunque pudiesen ser antagónicos, pues el concepto *formal* de economía no surgió hasta la aparición de los *mercados autorregulados*, y el moverse por el interés económico, entendido como la maximización de los beneficios, en sociedades anteriores era algo a lo que simplemente se dedicaban algunos comerciantes, y que para el resto de la sociedad podía estar penado porque esa búsqueda del interés podría dañar seriamente las relaciones sociales, eran esenciales para la supervivencia (Polanyi, *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*, 2016, pág. 108).

Respecto al individuo, la nueva forma de pensar el comportamiento humano consiste en una nueva teoría de la acción social humana que implanta, tanto social como individualmente, una dicotomía en los móviles de la acción humana, entre “«materiales» e «ideales»” (Polanyi, *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado.*, 2018, pág. 10). Y no solo se crea tal división, como hemos visto anteriormente que se genera en la economía, sino, como nos pasaba con la concepción *formalista* de la economía, en esta forma de entender la acción individual del hombre “[...] se llegó a la conclusión de que los incentivos sobre los que se organiza la vida cotidiana emanan de las [motivaciones] «materiales».” (Polanyi, *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado.*, 2018, pág. 10).

Respecto a la sociedad, se impuso la opinión que los *marxistas vulgares* tienen sobre la sociedad que comenté en la introducción, la idea de que es el sistema económico, o el

modo de producción, el que “determina” las instituciones sociales. Ya vimos que el propio Engels en su *Carta a J. Bloch* rechaza la idea de que el sistema económico “determina” la sociedad, pero entre autores de la Segunda Internacional fue una opinión ampliamente extendida. Entre los liberales el determinismo economicista no se encuentra tan claramente explícito, pero está más bien implícito. Se puede ver así cuando los partidarios del liberalismo económico, ante propuestas políticas reducen toda la política o toda la ética a aspectos económicos de costes y beneficios, proponiendo así, sin darse cuenta de este tipo de mentalidad, ajustar todos los ámbitos sociales al ámbito económico, y al mercado. Y se puede decir que proponen lo mismo que el *marxismo vulgar*, pero de una forma un tanto más sutil, como hace por ejemplo Schumpeter en *Capitalismo, socialismo y democracia* con el concepto de *perenne vendaval de la Destrucción Creativa*, o su concepto de la política agregativa.

Según Polanyi, estas dos afirmaciones sobre el comportamiento individual y social solo son ciertas en los sistemas de *libre mercado*, e intentar ampliarlas a otras sociedades no es más que un *prejuicio*, al igual que aplicarlo en los estudios antropológicos no es más que un *anacronismo*. Yo estoy de acuerdo con esto último, pero no estoy de acuerdo con la afirmación de que se dividen entre móviles «*materiales*» e «*ideales*» sea cierta en un sistema de *mercados autorregulados*. Concretamente creo que es lo que la teoría económica trata de imponer, pero parece ser que nuestra *naturaleza* o nuestra *psique* no pueden adaptarse completamente a estas afirmaciones. Pero esto lo aclararé más adelante con la ayuda de Weber y Durkheim.

Con la aparición del *laissez-faire* los pequeños mercados aislados pasaron a ser un sistema entero de mercados autorregulados, modificando todas las sociedades donde se daba dicha ampliación de mercados. Y como afirmaban Marx y Engels en *Manifiesto del Partido Comunista*:

“La burguesía no existe sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de trabajo, es decir, todas las relaciones sociales. La persistencia del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Este cambio continuo de los modos de producción, este incesante derrumbamiento de todo el sistema social, esta agitación y esta inseguridad perpetuas distinguen a la época burguesa

de todas las anteriores. Todas las relaciones sociales tradicionales y consolidadas, con su cortejo de creencias y de ideas admitidas y veneradas, quedan rotas: las que las reemplazan caducan antes de haber podido cristalizar. Todo lo que era sólido y estable es destruido; todo lo que era sagrado es profanado, y los hombres se ven forzados a considerar sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas con desilusión.” (Engels & Marx, Manifiesto del Partido Comunista, 2000, págs. 30-31).

Este cambio a una economía donde el hombre debe vender su fuerza de trabajo para poder subsistir es lo que ha empujado al hombre a aceptar esos axiomas, pero aunque se acepten no logran ser del todo ciertos. Si han logrado imponerse es porque, tras el *shock* de los mercados sobre la sociedad, han obligado al hombre a asemejarse a ese *homo aeconomicus* que propone la concepción liberal del hombre.

Sobre el segundo axioma, que afirma que las instituciones sociales son *determinadas* siempre por el sistema económico, en un sistema de mercados autorregulados se vuelve verdadero, pues crea una nueva *praxis* humana. Donde la economía estaba regulada por partes de la sociedad, pasó a estar regida por los *mercados*. A riesgo de parecer que aceptamos ese segundo axioma, en un sistema capitalista donde se defiende el *laissez-faire* dicho axioma si se vuelve verdadero. Pero solo, y recalco el *solo*, en un sistema de mercados autorregulados; si volvemos la vista al capítulo anterior, se muestra que es lo que la segunda y la cuarta épocas tienen en común: la vuelta al control por parte del mercado de otras instituciones. No hay que olvidar, aun así, que el mercado es una institución, y que son estas las que dan los móviles de acción a los hombres.

Bajo este nuevo sistema económico y social ha aparecido una nueva forma de operar en función de dos ideas, y es que el *miedo al hambre* y el *afán de lucro* se han engranado para poder hacer funcionar el sistema *de mercados autorregulados*. Debido a que el hombre necesita de la satisfacción de sus necesidades más básicas, como son el alimento, para subsistir, y que los mercados se habían separado de las restricciones sociales, se produjo, y se ha vuelto a producir, el fenómeno de que la sociedad se acompace a su nuevo *modo de producción*. Se podría decir que el mercado se ha

independizado de la sociedad para después conquistarla, obligando al hombre a tener que operar como el *homo œconomicus* que su mentalidad y teoría económica exigía.

En esta nueva sociedad, un hombre, sin vender el trabajo o los frutos de sí al mercado, no puede lograr subsistir, pues todos los enseres que necesite para subsistir se los ha de otorgar el mercado. Aquí se desvela algo que los liberales parece que quieren negar, y es que la subsistencia humana no es algo individual, sino colectivo, pero bajo este sistema de *mercados autorregulados*, se plantea la cuestión de la producción como algo puramente individual, porque es el individuo el que vende *su* fuerza de trabajo para poder lograr *su* subsistencia. Aparece el espejismo de que el hombre o trabaja para *sí* o *muere de hambre*. Pero olvidan que el hombre viene dado por sus circunstancias sociales, y aunque la subsistencia en este sistema dependa del propio sujeto, esta dependencia exclusiva del sujeto para su supervivencia no es más que una *forma de organización social*. Por tanto nos encontramos que es *el hambre* el móvil que empuja al hombre a trabajar, haciéndose así verdadero el primer axioma que Polanyi expone, pues el hambre es un supuesto *móvil material* de la acción humana. Aquí se olvida que desde la mentalidad de mercado esta afirmación compone un juicio de valor más que un hecho empírico universal, pues en el estudio de las sociedades *primitivas* nos encontramos con que no hay separación entre el ámbito que denominamos *religioso* y el *económico* (Bellah, 1964, pág. 243). Desde la *mentalidad de mercado* se hace el juicio de valor de incluir el *hambre* en una categoría que ha denominado *móviles materiales*.

La necesidad del hambre del *laissez-faire* es ya evidente, pero la búsqueda de riquezas que es imperativa en la sociedad actual es otro de los requisitos de esta nueva lógica social de mercado. Creo que la aparición de este otro nuevo móvil de la acción humana está bien explicada por Max Weber en su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Concretamente, me parece importante la forma en la que Weber describe que para los calvinistas y los puritanos el trabajo aparece dignificado y divinizado. A día de hoy no diría que el trabajo aparece divinizado, pero sí dignificado (se ha secularizado), pues a día de hoy podemos encontrar esa *moralina*¹⁸ mediante la que la gente trata de justificar sus actos a partir de frases como “Yo he trabajado mucho para ganarme la vida que he logrado.” o “Todo lo que tengo es fruto de mi trabajo y eso me da derecho a hacer lo que quiera con ello.”. Como los calvinistas y los puritanos no

¹⁸ Entendida como esa falsa moral con la que alguien pretende subjetivamente justificar sus actos.

buscaban la riqueza por el propio afán de riqueza, sino por obra divina, a día de hoy esa búsqueda de la riqueza es una búsqueda movida por la necesidad de *status*. Entre los calvinistas y los puritanos, también era cuestión de *status*, pero la riqueza era un medio para un fin y en las sociedades de *libre mercado* la riqueza se ha vuelto el fin en sí mismo. Creo que ese móvil de la riqueza se ha universalizado (o intentado universalizar) debido a que los calvinistas y los puritanos aún vivían bajo un sistema económico incrustado en la sociedad, pero cuando la institución del mercado se ha separado y ha dominado a la sociedad, es entonces cuando el móvil de la ganancia se ha convertido en un fin en sí mismo. Las instituciones que antaño daban el sentido de la acción humana han desaparecido porque ha sido el *mercado* la institución que las ha derrocado y sustituido, imponiendo así el mercado sus propias motivaciones. En este aspecto, podríamos decir que las motivaciones de los calvinistas y los puritanos eran religiosas, pues buscaban cumplir la *voluntad de Dios*, lo que implica que esos móviles eran *ideales*, mientras que ahora la búsqueda de la riqueza es un móvil *material*, olvidando que la entronización de la búsqueda de la riqueza es otra valoración más. Vemos así cómo la búsqueda de ganancia puede ser un móvil ideal, por usar sus conceptos, y no solo un móvil material. El juicio de valor vuelve a ser el colocar un móvil como superior a otros y además dándole una categoría a la que pertenece contingentemente.

Además me gustaría remarcar que, el generar beneficios se entendía como una realización religiosa en el ámbito protestante, pero sin embargo en el ámbito católico cualquier interés estaba mal visto, ya que la Iglesia católica no distinguía entre interés lícito y la *usura*, pues todo préstamo con intereses era *usura*. Además esta usura está considerada un pecado grave. Esto lo pongo como ejemplo en el que ese supuesto *móvil material* de la acción aparece como un *móvil ideal* y, además, coartado.

3.4 La teoría de la acción social de la sociología contra la teoría de la acción de la economía.

Creo que partiendo de la frase “En realidad, el hombre nunca fue tan egoísta como la teoría le ha exigido. Aunque el mecanismo de mercado puso de manifiesto su dependencia de los bienes materiales, las «motivaciones económicas» nunca constituyeron el único incentivo para trabajar.” (Polanyi, Nuestra obsoleta mentalidad

de mercado., 2018, pág. 27) podemos mostrar cómo el hombre no se ha movido por móviles “materiales” como la teoría económica liberal ha exigido, lo cual me sirve para demostrar que ni siquiera en el sistema de *mercados autorregulados* el primer axioma de Polanyi no se cumple, sino que el hombre se ha movido debido a móviles de acción *mixtos*. Si afirmo que es falso el primer axioma que Polanyi postula como verdadero en un sistema de *mercado autoregulado*, no es porque no me muestre de acuerdo de que se impuso esa forma de concebir al hombre y sus actos desde la ciencia económica, sino porque niego que de hecho se haya logrado imponer dicho pensamiento. Si bien la teoría económica intentaba imponernos ese imperativo, no lo ha logrado, aunque a día de hoy se siga aplicando la expresión “irracional” a muchos actos que no cumplen la racionalidad medios-fines. Para mostrar por qué es falso dicho axioma en la práctica me voy a apoyar en la clasificación que hace Weber de los tipos de *acción social*. Weber expone que hay *cuatro tipos ideales de acción social* en función de su móvil; *acciones racionales con arreglo a valores, acciones racionales con arreglo a fines, acciones emocionales y acción tradicional* (Weber, 2014, págs. 112-113). Las acciones que la economía define como *racionales* son las *acciones racionales con arreglo a fines* de Weber, además; como vimos, este tipo de racionalidad es propio de entender la economía de un modo formalista. Además estas *acciones racionales con arreglo a fines* son las que concuerdan con los *móviles materiales* de la ciencia económica. El resto de acciones sociales que propone Weber queda reducido a acciones de *móviles ideales*, lo cual significa que para la *mentalidad de mercado*, esos móviles de acción son *irracionales*. Lo que significa aquí que en esta *concepción mercantil* del hombre solo actuar mediante una *racionalidad instrumental* es actuar de forma *racional*.

Pero Weber en este sentido entiende estos tipos como ideales, entiende que estos tipos de acción social aparecen siempre entremezclados entre sí. Se puede dar perfectamente una *racionalidad con arreglo a fines* conjugada con una *racionalidad arreglo a valores*.

“La acción, y específicamente la acción social, rara vez se guía o *solamente por un modo o por el otro*. Por otro lado, estos tipos de dirigir la acción tampoco son en absoluto una clasificación exhaustiva de los tipos de acción, sino que son tipos conceptualmente puros, contruidos para fines sociológicos, a los que las

acciones reales se aproximarán más o menos o de los que tendrán combinación, lo cual es lo más frecuente.” (Weber, 2014, págs. 115-116).

Además comprende que no se puede juzgar un tipo de acción sobre la racionalidad de otro tipo de acción, porque así todos los tipos de acción perderían su propio concepto de racionalidad reduciéndose todas las racionalidades a la que se valore superior, y esto, lejos de ser objetivo, solamente es una proyección del valor que otorga un sujeto a ese tipo de acción. Y ante la racionalidad propia de la *mentalidad de mercado* que estima tanto esas *acciones racionales con arreglo a fines* Weber afirma que “[...] una racionalidad instrumental *absoluta* es esencialmente un caso límite de carácter construido.” (Weber, 2014, pág. 115). En otras palabras, *esta racionalidad con arreglo a fines* tan absoluta de la *mentalidad de mercado* no es más que un tipo de *carácter* que se ha forjado (o corroído, diría Sennett) en un momento histórico. También tendríamos un grave problema, pues si intentamos entronar un tipo de *racionalidad* sobre el resto nos encontramos que todas las acciones *serían irracionales*, o lo serían en parte debido a que los móviles de la acción social suelen ser *mixtos*.

Para finalizar este apartado sobre los móviles de la acción humana, me gustaría detallar que la economía en los sistemas anteriores estaba bajo los móviles sociales de las instituciones de las que dependía. Y no solo eran *acciones racionales con arreglo a fines*, como pretenden hacerlo ver actualmente desde la ciencia económica, sino que, según nos muestra Polanyi en *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado*, gracias a los estudios de otros antropólogos, se demuestra que la acción social económica se regía también, y sobre todo, por *acciones racionales con arreglo a valores* y *acciones tradicionales*. Además creo que se puede demostrar cómo la concepción del *homo aeconomicus* es falsa; por como los móviles de la acción se entremezclan entre sí no podemos establecer la dicotomía por la cual el hombre se mueve solamente por motivaciones *materiales* e *ideales*. Incluso la motivación *material más pura* contiene *gargas*¹⁹ de motivaciones *ideales*.

¹⁹ En una metáfora, lo entiendo como en la minería; aquello que acompaña al mineral que se quiere extraer pero que no interesa. Pero aquí que acompaña al las motivaciones, pues no les interesa la motivación *ideal*.

3.5 El mercado autoregulado, una fábrica de anomia.

Con ayuda de Durkheim pretendo mostrar los resultados de que el mercado haya derrocado a las instituciones que daban sentidos a la acción humana antes de él²⁰. Antes de seguir, recuerdo la premisa de que son las instituciones sociales las que dan valor, y por tanto sentido, a las acciones humanas. Y también introduzco otra premisa, y es que el bienestar social de los individuos no depende exclusivamente del bienestar material, como pretenden hacer ver los liberales con sus mediciones cuantitativas sobre este aspecto, pues reducir el bienestar social al bienestar material es proyectar ese *formalismo económico* sobre el bienestar humano. Las sociedades que no actúan por *móviles economicistas* demuestran que el bienestar social depende mucho más de la calidad de las relaciones humanas, y debido al deterioro de las instituciones y de la cultura que producía un efecto de cohesión social, se ha dado un *vaciado cultural* (Polanyi, La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico, 2016, pág. 277).

Aunque prescindiremos de la visión de *homo duplex* de Durkheim, por la cual Durkheim expone que el hombre se compone de una parte animal que tiende a la búsqueda infinita de sus placeres, y una parte cultural que es la que limita dichos apetitos infinitos, introduciré su tesis de que es la sociedad la que impone una reglamentación o jerarquía en la que se legitiman las aspiraciones de los individuos de cada *clase social*. Concretamente, y ampliando la tesis de Durkheim, hemos expresado anteriormente que para ello existen las instituciones sociales a las que cada individuo pertenece. El *mal* social que se genera debido a la destrucción de esos imperativos sociales es la *anomia*. La *anomia*, que ha aparecido cuando las instituciones han estado en crisis y se veían incapaces de proveer a los individuos de los medios necesarios para lograr sus anhelos, o cuando la propia sociedad se muestra incapaz de controlar dichos anhelos. Bajo el sistema en el que el *mercado* es la institución central de la sociedad, tanto los periodos de crisis económica como los periodos de bonanza producen perturbaciones en las sociedades, lo que genera que los suicidios de tipo *anómico* aumenten (Durkheim, El suicidio, 1976, pág. 261). Entendiendo lo que Marx y Engels nos decían sobre que *el capitalismo disolvía los sólidos en el aire* es fácil entender el profundo cambio social al que el mercado autoregulado nos ha sometido, pues ha *disuelto* casi todas las relaciones sociales pasadas al capitalismo, pero no acaba ahí,

²⁰ Esta tesis también se puede apreciar en Sennett y en la falta de sentido de la vida laboral en las capas bajas de la sociedad en la desaparición de las instituciones fuertemente burocratizadas.

pues cada nuevo cambio en las tendencias del mercado supone un nuevo cambio en las estructuras y relaciones sociales.

Si expongo este *mal*, es porque Durkheim publica este estudio sobre el suicidio en 1897, fecha que concuerda con la segunda etapa histórica del desarrollo de los *mercados autorregulados*, y al igual que en la época en la que nos toca vivir, “El poder gubernamental, en vez de ser el regulador de la vida económica, se ha convertido en su instrumento y su servidor.” (Durkheim, El suicidio, 1976, pág. 173). Y si tenemos en cuenta que “[...] hay una esfera de la vida social donde está actualmente en estado crónico [de crisis]: la del mundo del comercio y de la industria.” (Durkheim, El suicidio, 1976, pág. 272) y que gobierna sobre el resto de la sociedad, podemos concluir que los mercados autorregulados son una *fábrica de anomia*. En la esfera social de los *mercados* la *anomia* es constante y se ha impuesto de arriba a abajo al resto de la sociedad. Pues el *móvil de la ganancia* es un móvil infinito *per se*, lo que significa que la limitación social que debiera imponer la sociedad no solo no es impuesta, sino que la institución central alimentaría los instintos infinitos que presupone Durkheim que tiene nuestra parte animal. Podemos también decir del modo del que los mercados han afectado al resto de instituciones, como puede ser el matrimonio, la *anomia económica* se nos queda pequeña para entender el alcance real de la *anomia*. Aplicado la nueva *mentalidad de mercado*, donde impera el *laissez-faire* y la *racionalidad económica* en la institución del matrimonio, hay dos efectos: respecto del *laissez-faire*;

“Los procesos de individualización tienen siempre –como queda aquí bien demostrado- una doble cara. Por un lado albergan la oportunidad de más libertad [...]. Por otro lado conllevan nuevos riesgos, conflictos y rupturas en el currículum. [...] el principio regulador de la «libre elección» crea nuevos espacios de acción, pero –en cierta manera, como su revés- también nuevas dificultades e inseguridades.” (Beck-Gernsheim & Beck, El normal caos del amor: las nuevas formas de la relación amorosa, 2001, pág. 115).

Y respecto a la *racionalidad económica* (medios-fines, ganancias/pérdidas) aparece la relación matrimonial como un negocio:

“Una relación, o así nos dice una experta, es una inversión como otra cualquiera: ponemos en ella tiempo, dinero, esfuerzos que podríamos haber dedicado a otros fines pero que no lo hicimos porque esperábamos estar haciendo lo correcto y pensábamos que lo que estuviéramos perdiendo (o dejando de ganar) de ese modo nos sería resarcido (con creces) en su debido momento.” (Bauman, Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos, 2018, pág. 33).

3.6 Breve compendio.

Conjugar la tesis de Polanyi de que el libre mercado destruye el tejido social con las ideas complementarias de Marx, Weber (*las circunstancias hacen al hombre* y *este a las circunstancias*, respectivamente) y Durkheim, son un elemento fundamental para un análisis de la historia económica de las últimas décadas que parta de las condiciones del presente, y que no peca por ello de anacronismo. Es por ello que se hace necesario para la creación de bases para unas nuevas propuestas éticas y políticas que sean capaces de generar un nuevo ethos.

La *mentalidad de mercado* es una forma de pensar la acción humana que se ha tornado axiomática en la sociedad, y que pretende comprender el mundo a partir de la economía como elemento determinante. Así, consideran que solo hay motivaciones *materiales* e *ideales*, siendo sólo las primeras las consideradas *racionales*. De hecho, ese intento de comprensión de la institución social como determinada por la economía, que sólo se cumpliría en los sistemas de *mercado autorregulado*, impone una nueva forma de razonamiento (*las circunstancias hacen al hombre*, tal como afirma Marx) donde los valores de los mercados se han filtrado a los móviles de acción del resto de la sociedad. Incluso el pensamiento de las relaciones queda marcado por la búsqueda de la ganancia o, en su defecto, de la buena relación entre *costes* y *beneficios*. La nueva economía empuja al hombre a venderse a sí mismo para poder subsistir: se ha generado una condición de existencia nueva (el hombre, su pensamiento, en este caso, hace a las circunstancias, según Weber), que ha modificado el *Ethos social*, colocando todo tras el filtro del mercado. Durkheim aparece en este esquema como descubridor del

sufrimiento que la conjunción de la mentalidad de mercado y el sistema de mercados autorregulados produce, al que llamó *anomia*.

Se aprecia aquí el carácter de retroalimentación en esta visión, autoconfirmándose en la sociedad actual para generar una nueva praxis donde se fortalece. Entre otros, se hace necesaria una nueva concepción del hombre para sostener este sistema, donde se obvia todo aspecto cultural en torno a él, quedando reducida la ética a sí mismo; el mercado como generador de *anomia* se impone sobre el sujeto, produciendo en él los cambios necesarios para la supervivencia de la mentalidad de mercado.



IV. Anexo: Nueva oleada de *laissez-faire*; nuevos cambios en la mentalidad.

Para finalizar, pretendo dar en este capítulo un testimonio más empírico y pragmático sobre cómo los libres mercados han modificado nuestra vida, cómo han afectado al *Ethos social* y, en resumen, sus implicaciones en la dirección predominante que han tomado las acciones y el pensamiento global en las últimas décadas. De este modo, toda la teoría hasta este momento expuesta tomará cuerpo y se podrá mostrar no como una mera divagación teórica sin mucho objetivo, sino como un análisis de la economía que permita comprender sus influencias en los conjuntos sociales y, en especial, en la individualización radical del sujeto.

4.1 El *laissez-faire* como credo de una época.

Para empezar este último capítulo vamos a empezar con unas afirmaciones del premiado en el Nobel de Economía en 1982, George Stigler. Tomamos a Stigler por su gran influencia en la economía mundial, además fue un prestigioso catedrático en una de esas universidades que fundaron sus propias escuelas de economía que tanta importancia hemos dado, perteneció a la *Escuela de Economía de Chicago*, y no fue uno más, es considerado el segundo autor más importante de esta escuela, detrás de Milton Friedman.

En el mismo año que fue premiado con el premio Nobel escribió un pequeño artículo llamado *Placeres y dolores del capitalismo moderno*, en esta obra podemos encontrar como Stigler se rebela contra lo que habíamos definido como la tercera época de la sociedad de mercados autorregulados; “No hay hecho más notorio que la moderna proliferación de políticas del sector público diseñadas para controlar y dirigir la actividad económica.” (Stigler, 1983, pág. 8). Esto concuerda muy bien con nuestra tesis de que aproximadamente en los años de la *Segunda Guerra Mundial* las sociedades empezaron a controlar los mercados para evitar los efectos perversos y dañinos que tenía el mercado libre sobre la propia sociedad. Y lo que va a proponer es lo que hemos considerado el cuarto momento histórico, la vuelta al *laissez-faire*, concretamente Stigler afirmará: “[...], mi primera proposición es que los consumidores, especialmente los modestos, no tienen nada que ganar con la reglamentación económica, que destruye la eficiencia. Su auténtico interés consiste en conseguir la producción máxima; el *laissez*

faire es su credo.” (Stigler, 1983, pág. 10). Y efectivamente, ese *credo* pasó a ser imperativo en las sociedades occidentales tras la *Crisis del petróleo de 1973*.

Antes de pasar a los efectos sociales de estas nuevas medidas económicas he de destacar cómo se puede comprender, un modo de interpretación de la *mentalidad de mercado* de Stigler. Habiendo dejado claro en las citas anteriores que Stigler rechaza la regulación de la economía por entidades externas al mercado, creo que en esta afirmación se puede observar como expone que debemos operar con una *razón instrumental economicista*, en la que solamente se busca la mejor relación entre costes y beneficios:

“Mi primera proposición es que los consumidores tienen un interés primordial en la eficiencia operativa de la economía. Si soy una persona rica, desearé que mis mansiones, mi tratamiento psiquiátrico y mi cesta de la compra se produzcan y se vendan a los menores precios posibles, compatibles con el mantenimiento de su calidad. Si soy una persona de clase media, desearé lo mismo con respecto mi casa, la educación de mis hijos y mi club de golf. Eso es bastante obvio.”

(Stigler, 1983, pág. 8).

Y como si Polanyi hubiese leído a Stigler 35 años antes de la publicación de *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado*, acierta con su segundo axioma sobre la *mentalidad de mercado* de Stigler; Stigler, en su segunda proposición peca de ese determinismo económico que Polanyi advertía que era falso:

“Mi segunda proposición es que los empresarios y los ejecutivos son la clase de élite en una sociedad moderna. Son la gente dotada de energía e ideas y, en último extremo, ellos son los que controlan los recursos de la sociedad.” (Stigler, 1983, pág. 10).

Se está mostrando cómo hay que cambiar de una mentalidad de *productor* a una de *consumidor*, pero ninguna de estas dos mentalidades se escapa a la *mentalidad de mercado* que hemos expuesto anteriormente. Esto es una de las consecuencias sociales más notorias de esta nueva fase, y a la vez es una de las mayores diferencias entre la

segunda y cuarta etapa. Ya no hay que cumplir la *ley de bronce de los salarios*, ya no somos productores, ahora todos somos consumidores.

La transformación del *laissez-faire* en el credo de los hombres de negocios es lo que nos ha traído las grandes olas de *flexibilización* que hemos vivido en estos últimos años. Esa *flexibilización* representa el aumento de la capacidad individual de acción, pero lo que en un principio puede resultar deseable ha tenido grandes consecuencias para nuestras formas de subsistencia. No hay que olvidar que debemos vender nuestra *fuerza de trabajo* al mercado para poder subsistir, y a la vez este mercado laboral se ha desregularizado, tal y como imponía el *credo*.

La necesidad de pensar como consumidores nos ha llevado a proyectar esa mentalidad de consumo al resto de ámbitos de la vida, hasta las propias relaciones humanas. Si las propias instituciones han sido corroídas por esa mentalidad en la que hay que buscar el máximo beneficio a corto plazo (esto se explicó en el capítulo segundo al hablar de los nuevos tejidos de las empresas), ¿cómo podemos confiar en ellas y en las personas que de ellas dependen? Nos haremos la misma pregunta que Sennett cuando “Al preguntar qué efectos tuvieron sobre el público las nuevas condiciones materiales, en particular los efectos del capitalismo industrial, nos encontramos en la necesidad de formular una segunda pregunta: cómo accedió la personalidad al dominio público.” (Sennett, *El declive del hombre público*, 2011, pág. 189), pero en vez de situarnos en los albores de la época capitalista, en los tiempos que vivimos, para así tratar de dar respuesta a esa pregunta.

4.2 Flexibilización del trabajo.

Comencemos por tratar cómo la *flexibilización del trabajo* ha afectado nuestra forma de relacionarnos con el resto, aunque realmente los efectos sociales que ha tenido la *flexibilización* discurren paralelos a los efectos que la *mentalidad de consumidor* también ha causado. Durante *la tercera etapa* del capitalismo había una fuerte burocratización de la vida, lo que permitía a las capas más bajas racionalizar su existencia, darle un sentido y tener ciertas metas, expectativas y métodos para lograrlas. Con la desregularización de la vida económica, se puede decir que esos recursos y ese posible cálculo de la trayectoria de vida de las capas más bajas desaparecieron. Si

atendemos a lo dicho en los capítulos anteriores, se puede decir que esta desregulación provocaría una gran causa de *anomia*, pues si las metas de ascenso social y los controles sobre el mercado te permitían tener ciertas expectativas y formas de conducirlas, la desaparición de dichas regulaciones significa que las metas siguen estando, pero ya no existen las vías claras de ascenso social. Esto genera malestar, una profunda frustración; podemos entender que por mucho placer que sientan estos individuos intentado lograr ese ascenso social, por más que actúen y no se acerquen a dicho fin, sentirá que sus esfuerzos son vanos y, por ende, carecen de significado (Durkheim, El suicidio, 1976, pág. 264).

En este sentido Richard Sennett entiende que este malestar viene porque antaño podíamos organizar nuestro tiempo (Sennett, La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, 2000, pág. 103), pero con esta *flexibilización*, se ha *desorganizado* el tiempo, lo que no permite que construya ese sentido vital. La desorganización del tiempo impide que se cree una unidad en las experiencias vividas. Si hace cincuenta años una persona podía confiar que durante toda su vida podría trabajar en la misma empresa, hasta jubilarse en ella, a día de hoy eso es inconcebible. Esto significa que los compañeros de trabajo actualmente no pueden establecer vínculos como se establecían entre compañeros que podían estar décadas trabajando juntos.

Esta flexibilidad también implica que los trabajadores no pueden esperar lograr una estabilidad económica como la de antaño, han de vivir con la certidumbre de que cada nuevo día es una incertidumbre. Concretamente “El problema al que nos enfrentamos es cómo organizar nuestra vida personal ahora, en un capitalismo que dispone de nosotros y nos deja a la deriva.” (Sennett, La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, 2000, pág. 123). Y esto es respecto a la forma de subsistencia. ¿Qué pasa dentro de las empresas? ¿Qué pasa dentro de esas instituciones de las cuales depende nuestro sustento y que a la vez se han flexibilizando buscando lograr el máximo de ganancias en el menor tiempo posible?

Si antaño la empresa daba una función concreta en el propio trabajo y una estabilidad económica, el trabajador podía tener una *mentalidad de artesano*, es decir, podía disponer de “[...] el énfasis en la objetivación. [...] Éste es el significado de la «objetivación»: una cosa hecha para que importe por sí misma.” (Sennett, La cultura del

nuevo capitalismo, 2006, pág. 92), con la nueva forma flexible de organización del trabajo, donde las funciones ya no están claras, el trabajador no puede lograr obtener ese móvil del trabajo por el trabajo bien hecho. Pero tampoco se puede conseguir desarrollar una habilidad en un determinado trabajo porque el cambio continuo de función o de puesto lo impiden, materialmente es imposible debido al continuo cambio de la función laboral. Tampoco el trabajador puede lograr una motivación por esa objetivación porque se le va a cambiar de puesto, de modo que ese buen hacer por el buen hacer no lleva más que a frustración debido a la incapacidad de adquisición de la habilidad, o al cambio de puesto al poco de alcanzarla.

Esta flexibilización del trabajo viene dada la ya descrita estructura paralela de mando dentro de las empresas “tradicionales”, los inversores. Estos inversores buscan las ganancias a corto plazo, y al poseer gran parte de la empresa, moviéndose al compás de los mercados, necesitan cambiar la estructura de estas cada vez que aparece un nuevo *proyecto*. Cada nuevo proyecto es un nuevo inicio, lo que significa que con cada proyecto, aquel que no se adapte a los continuos nuevos cambios, ha de desaparecer. Esta modificación constante significa para las clases trabajadoras que lo que antaño daba sentido al trabajo, la *gratificación diferida*²¹, deja de tener sentido.

En este nuevo paradigma de trabajo ya no se pueden crear vínculos entre los trabajadores. Intentar establecerlos sería volver a crear una frustración como la descrita anteriormente, es intentar hacer algo que no puede lograrse. Para evitar caer en esa frustración se han generado una serie de respuestas ante tal estímulo, siendo la más importante la desaparición del compromiso. Han desaparecido los *vínculos*, y han aparecido las *conexiones*, ha desaparecido la *amistad*, ha aparecido la *relación de bolsillo* (Bauman, Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos, 2018, pág. 42), han desaparecido las *comunidades*, y han aparecido las *afinidades*.

La falta de compromiso entre compañeros se desvanece y no hay confianza entre ellos. Entonces aquí aparece un nuevo sistema de valores; un nuevo *Ethos*. Surge aquí un nuevo sistema de valores, un nuevo *Ethos*, donde ya no hay compromiso con la sociedad; el compromiso con *uno mismo*, el individualismo, fagocita el compromiso con los *otros*.

²¹ La postergación de la recompensa presente por una mayor en el futuro. Concretamente aquí la gratificación es lograr mejorar las condiciones sociales, el ascenso de clase social.

“Este sistema de valores de la individualización también contiene elementos de una nueva ética, basada en el principio de las «obligaciones con uno mismo».

Por supuesto, este principio contradice por completo la concepción tradicional de la ética, en la que los deberes son necesariamente de carácter social y relacionan al individuo con el todo.” (Beck-Gernsheim & Beck, La

Individualización: El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas, 2016, pág. 94).

Esta nueva ética no aparece sólo en el lugar de trabajo, sino que se filtra en casi todos los ámbitos de la vida, algo que viene acompañado de *la mentalidad de consumidor*. Reincidiendo en el centro de trabajo, la nueva forma de interpretación de las relaciones afecta tanto a la relación entre puestos bajos-altos como a los puestos del mismo cargo. En este trabajo flexible se ha tomado una referencia para definir la nueva organización; el deporte. Más concretamente, la nueva *organización industrial* es el *equipo deportivo*. Los superiores muestran a sus subordinados que todos forman un equipo y todos tienen el mismo objetivo. Cuando los trabajadores asumen este nuevo *Ethos* de trabajo en equipo asumen en consecuencia que su jefe, o mejor dicho *líder*, es uno más, y no hay más diferencia entre superior y subordinado que mientras el trabajador lleva a cabo un trabajo, el *líder* coordina los diversos trabajos de los miembros del *equipo*. Esto se puede ver como una pérdida de *conciencia de clase*, como diría Marx, los *explotados* carecen de la visión de clase, y además los propios compañeros actúan como policías del resto; si alguien hace algo mal el compañero debe ejercer de policía y debe reprocharle el error, pues el mal trabajo de un miembro del equipo significa dañar a todo el *equipo*.

También se da la ocultación por parte del *líder* de que él realmente es el jefe. Oculta la naturaleza de su poder jurídico y económico sobre el resto del equipo, aparece una *autoridad sin responsabilidad*. Si algo va mal es culpa de los trabajadores, pues el *líder* solo se dedica a *coordinar*; Sennett nos relata en su estudio cualitativo que:

“El líder del equipo [...] había actuado durante toda la campaña de vodka como un igual más que como un jefe; en una jerga de la dirección de empresas sus

papel era «facilitar» una solución entre el grupo y «mediar» entre cliente y equipo. Era un gestor del proceso.” (Sennett, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, 2000, pág. 114).

Además, si tenemos en cuenta que los trabajos son *proyectos* enfocados a una tarea concreta, cuando acaba el proyecto desaparece el equipo y aparece otro nuevo para el siguiente contrato. Los trabajadores en este ámbito deben estar continuamente cambiando de puestos, y cómo no, van cambiando de empresas mucho más rápidamente de lo habitual, por usar el término que se usa en derecho laboral, los trabajadores son contratados hasta *fin de obra o servicio*. Esto hace desaparecer las condiciones para que se dé un compromiso de los trabajadores entre sí y con su propio trabajo. Pero tampoco se busca fomentar ese compromiso, en cambio lo que se pretende desarrollar son las habilidades flexibles, tales como “[...] escuchar bien y ayudar a los demás, el moverse de equipo en equipo, a medida que cambia el personal de los equipos [...]” (Sennett, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, 2000, pág. 116). Este nuevo *Ethos* alimenta todavía más el individualismo, pues no importa ni el trabajo que se hace, como le importaba antaño al artesano, ni los compañeros de trabajo, como lo hacía en *la fábrica con una estructura militar*, sino la única recompensa que le queda al trabajador; *la satisfacción de desarrollar nuevas capacidades potenciales*, o al menos ese es el pilar que debe guiar los móviles de la acción en el nuevo trabajo. Si todo el entorno laboral está continuamente cambiando solo queda el mismo sujeto como remanso, o al menos un suelo que parece ser más firme, sobre el que edificar este nuevo *Ethos*. Pero en mi opinión, si se pierde toda responsabilidad tanto con el trabajo, como con los compañeros, no se puede desarrollar una verdadera ética o moral, sino que la relación del sujeto con el mundo y las personas que le rodean se vuelven de meros medios para lograr ese desarrollo personal. Esto impide, como diría Kant, elevar ciertas conductas al *reino de los fines*, pues todo y todos somos medios para alguien. Y para mayor desgracia de Kant, el tratar como *medios lo que debe tratarse como fines* se ha convertido en ese “*Obra según máximas que al mismo tiempo puedan tenerse a sí mismas por objetos como leyes universales de la naturaleza.*” (Kant, 2002, pág. 152). En otras palabras, el tratar a los individuos como *medios* se ha vuelto un *imperativo categórico*, y además, de acuerdo a la mentalidad de mercado, los sujetos que procesan esta mentalidad tratan de proyectar dicho

pensamiento racional instrumental a otras culturas y ámbitos que no son solamente el económico.

4.3 Del trabajo a la vida cotidiana.

La liberalización del mercado laboral también ha tenido un efecto fuera de la vida cotidiana, y es que la flexibilización del sustento ha servido para flexibilizar la vida entera; si el trabajo nos permite movernos, desaparecen las ligaduras de, lo que llamamos, la *familia tradicional*²², de la comunidad vital, como pueden ser los vecinos o los compañeros de trabajo y sobre todo, desaparecen las ataduras propias del arraigo a una localidad y su cultura. Este fenómeno es curioso, pues la clase social, tal y como lo entiende Marx, sigue intacto, mientras que las relaciones sociales dentro de esa clase desaparecen. Es como si la *solidaridad orgánica* de Durkheim desapareciese, y eso es lo curioso, el vínculo que debiera unir a las sociedades con un alto grado de *división social*, como las actuales, desaparece, pero no desaparece el sistema de *división social*, que en esencia sigue siendo el mismo.

Debido a que los individuos dependen del trabajo para subsistir, y el trabajo es continuamente cambiante, no pueden establecer planes sociales que no impliquen gran incertidumbre, pues ni el propio individuo ni el resto de su comunidad de dicho individuo tiene certeza respecto a sus planes de vida; así, lo que más certeza puede otorgar es pensar en uno mismo para lograr la supervivencia. En palabras del matrimonio Beck, y con una visión más sociológica²³, “[...] en esta fase tardía de la modernidad, la individualización es producto del mercado del trabajo y se manifiesta en la adquisición, oferta y solicitud de toda una serie de cualificaciones laborales.”²⁴ (Beck-Gernsheim & Beck, *La Individualización: El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, 2016, pág. 84). Así es como el *individualismo* se filtra en el nuevo *Ethos* social, se hace necesario para producir solamente planes

²² A día de hoy se nos hace casi imposible pensar en la *familia extensa* como *familia tradicional* y por *familia tradicional* pensamos en la *familia nuclear*, la cual apareció con la burguesía. La *familia extensa* fue el tipo más común de familia por todo el mundo. La *familia extensa* empezó a decaer en Europa en el S.XIX, debido a la urbanización de toda la sociedad, dejando paso a la *familia nuclear* como modelo típico de familia.

²³ Creo que mi explicación ha sido más antropológica y concretamente una visión más cercana a los estudios antropológicos de Polanyi sobre, como el nombre de su obra indica, *El sustento del hombre*.

²⁴ Creo que debemos interpretar dichas *cualificaciones laborales* como las virtudes de la *nueva ética del equipo*.

enfocados a uno mismo, y así lograr el sustento. Las nuevas formas de subsistencia ocultan el carácter social del sistema económico, y llegan a su zénit en este sistema flexible de organización, donde *solo* el individuo puede lograr su sustento, pero porque tampoco puede lograr pensar más allá de él mismo. Esto hace desaparecer las relaciones sociales *orgánicas*²⁵ que la propia sociedad daba a sus miembros por el mero hecho de nacer o habitar en un determinado lugar, de modo que:

“Las relaciones sociales y las redes sociales recién formadas tienen ahora que ser elegidas individualmente. Asimismo, los vínculos sociales se están volviendo *reflexivos*, de manera que tienen que ser establecidos, mantenidos y renovados constantemente por los individuos.” (Beck-Gernsheim & Beck, La Individualización: El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas, 2016, pág. 89).

4.4 Las formas de trabajo durante el COVID-19: el teletrabajo.

El aumento del teletrabajo causado por el COVID-19 parece casi mostrarse en contra de la tesis de Žižek, y comporta una consecuencia fundamental desde la perspectiva de la individualización del trabajo, y es la pérdida total del *trabajo en equipo*. Si ya las relaciones entre compañeros estaban deterioradas debido a las virtudes flexibles de compañerismo, esto no es más que su desaparición completa, al menos localmente, de forma física. En muchos trabajos, incluso, no es necesario tan siquiera conocer a los compañeros de trabajo, de modo que las relaciones que se daban de un modo natural en la búsqueda de sustento de los individuos desaparecen, ocultándose así el carácter social de esta búsqueda. Si afirmo que esto se muestra en contra de la propuesta de Žižek es porque, en lugar de cumplirse su idea de *alternativa de la sociedad global cooperativa*, se tiende a lo contrario, un sociedad aún más *atomista*, donde se sospecha del otro como potencial portador de un virus que enferma, y donde todo acto individual sin contacto se favorece frente a las actuaciones en comunión con otras personas, algo que, en muchos

²⁵ Las relaciones que la proximidad física de individuos que habitan en sociedad. Estas relaciones son las que surgen independientemente de la voluntad del individuo, y las contrapongo con éstas porque está empezando a dominar este segundo tipo de relaciones sociales.

casos, se obliga a evitar. Si el mercado nos empujaba a la individualización, los nuevos requisitos del trabajo en tiempos de pandemia nos separan aún más, llevándonos a la mencionada *atomización*, separándonos más aún si cabe.

4.5 Las premisas para las nuevas propuestas.

La desaparición de estas relaciones sociales *orgánicas* y que ahora el individuo sea dueño de ellas deben servirnos para pensar la ética y la política, en nuestras sociedades. Pues, si nos atenemos a la afirmación de Claude Lévi-Strauss:

“La humanidad cesa en las fronteras de la tribu, del grupo lingüístico, a veces hasta del pueblo, y hasta tal punto, que se designan con nombres que significan los «hombres» a un gran número de poblaciones dichas primitivas (o a veces — nosotros diríamos con más discreción — los «buenos», los «excelentes», los «completos»), implicando así que las otras tribus, grupos o pueblos no participan de las virtudes —o hasta de la naturaleza— humanas, sino que están a lo sumo compuestas de «maldad», de «mezquindad», que son «monos de tierra» o «huevos de piojo».” (Lévi-Strauss, *Raza e historia*, 1999, pág. 41)

Al quedar reducidos estos *pueblos* a lo que el individuo interpreta como *su grupo* (como afirma el matrimonio Beck), creo que podemos encontrar una posible causa de nuestra incapacidad de plantear aquí una ética y una propuesta comunitaria política. Si ya no existe esa *tribu*, la *humanidad* ha quedado en una situación tan precaria que no puede lograr extenderse, en el mejor de los casos, a la comunidad lingüística o a lo que una institución dicte, y a lo más que podemos aspirar en la política es a conquistar unos derechos individuales que alimenten todavía más *nuestra obsoleta mentalidad de mercado*.

La gente no tiene, a día de hoy, y casi tampoco quiere, una *tribu*, una clase social, ya que se hace más sencillo refugiarse en *uno mismo* ante los problemas colectivos antes que plantear demandas a este nivel u organizarse para llevarlas a cabo. Se puede decir que se ha interiorizado tanto el *individualismo* que hasta los problemas sociales se

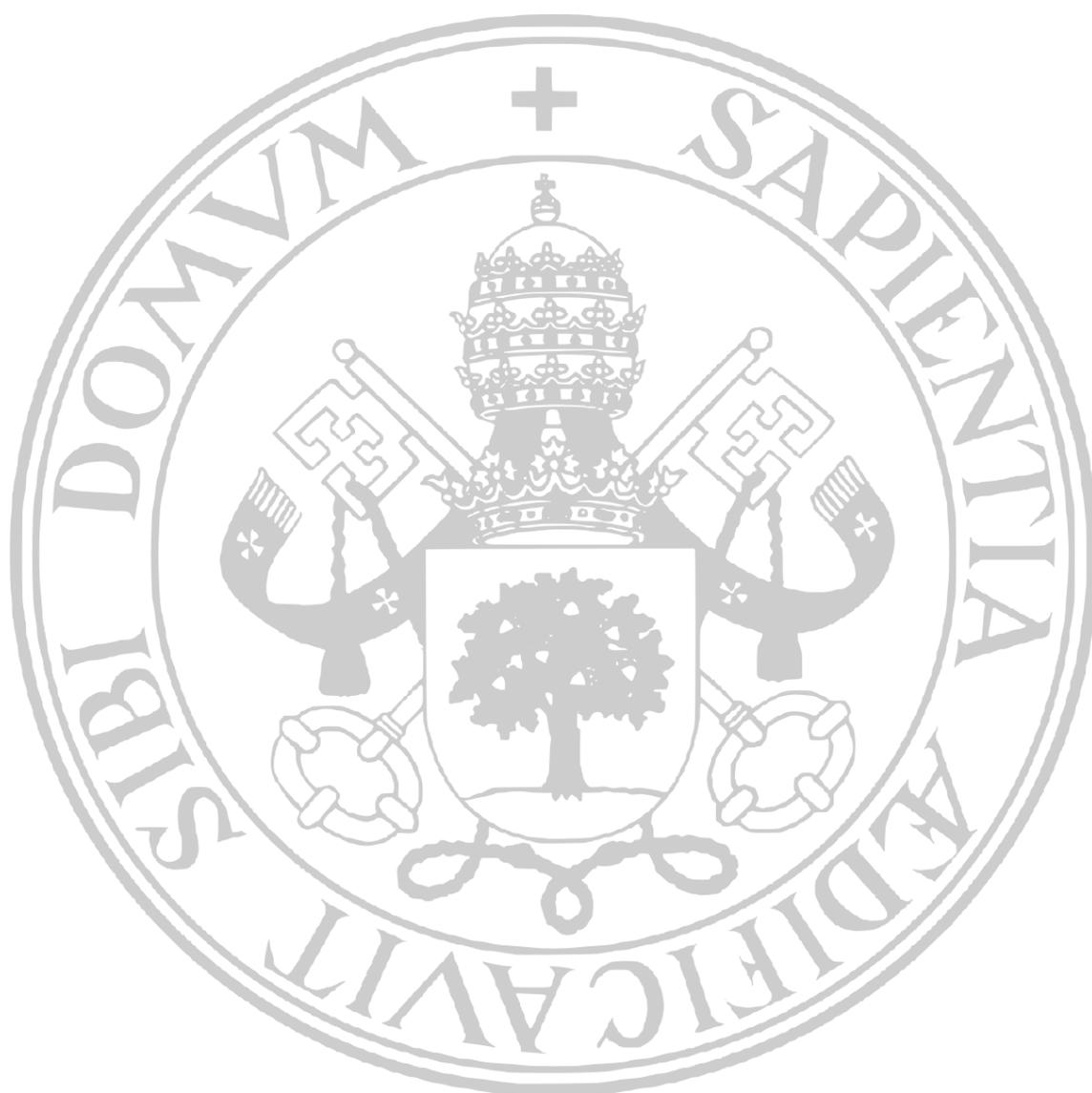
interpretan como *males individuales*. Parece que nos hemos olvidado de que existen males políticos y de que se puede dar una respuesta política a dichos problemas.

Si he pecado de empirismo en detrimento del normativismo es para intentar construir un marco basado en la sociología, política y antropología de referencia social, política e histórica en el que poder pensar los problemas éticos y políticos a los que nos hemos de enfrentar. Sin este marco no creo que podamos ser pragmáticos y pecaríamos de idealismo, intentado adaptar unas ideas indigeribles por una mentalidad que rechaza y expulsa esas ideas. Sé que la exposición de todo nuestro marco es mucho más compleja y que he dejado demasiados elementos como para que ese marco contextual sea válido en la práctica, pero sirve, a pesar de ello, como acercamiento a él, al tratar aspectos muy generales, pero a la vez fundamentales de nuestra época. Pues, recordando las palabras de Claude Lévi-Strauss, y aplicándolas a lo que debe ser una propuesta ética y política:

“Estudiándolas desde afuera, uno se siente tentado a oponer dos tipos de sociedades: las que practican la antropofagia, es decir, que ven en la absorción de ciertos individuos poseedores de fuerzas temibles el único medio de neutralizarlas y aún de aprovecharlas, y las que, como la nuestra, adoptan lo que se podría llamar la antropoemia (del griego *emeín*, 'vomitar'). Ubicadas ante el mismo problema han elegido la solución inversa que consiste en expulsar a esos seres temibles fuera del cuerpo social manteniéndolos temporaria o definitivamente aislados, sin contacto con la humanidad, en establecimientos destinados a ese uso.” (Lévi-Strauss, *Tristes trópicos*, 1970, págs. 389-390).

De este modo, el COVID se manifiesta como un delator de las consecuencias de los sistemas de *libre mercado* sobre la sociedad, y no sólo mediante las actuaciones a nivel internacional entre las distintas potencias, como ya se ha tratado, sino especialmente mediante la *individualización* y el *aislamiento de los sujetos*. Es por este motivo que la búsqueda de nuevas propuestas basadas en el análisis realizado que generen el más mínimo riesgo para el orden serán condenadas al rechazo y al aislamiento, y a no funcionar como factores de cambio social; en definitiva, el mismo sistema que coloca ante nuestros ojos el *filtro del mercado* se encarga de que las nuevas propuestas, si es

que son peligrosas para su funcionamiento, fracasen de un modo aparentemente irremediable.



Trabajos citados

- © European Central Bank. (Febrero de 2015). *Virtual currency schemes – a further analysis*. (eurosystem, Ed.) Obtenido de www.ecb.europa.eu
- Ayuso, S. (12 de Marzo de 2020). Macron ordena el cierre de guarderías, colegios y universidades “hasta nueva orden”. *El País*, págs. <https://elpais.com/sociedad/2020-03-12/macron-ordena-el-cierre-de-guarderias-colegios-y-universidades-hasta-nueva-orden.html>.
- Bauman, Z. (2018). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2019). *Vida Líquida*. Barcelona: Austral.
- Beck-Gernsheim, E., & Beck, U. (2001). *El normal caos del amor: las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona, España: Paidós Ibérica.
- Beck-Gernsheim, E., & Beck, U. (2016). *La Individualización: El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas* (Tercera edición ed.). Barcelona: Paidós.
- Bellah, R. N. (1964). La evolución religiosa. En *American Sociological Review* (págs. 358-374). Chicago.
- Descifrado. (19 de Marzo de 2020). Obtenido de El derrumbe de Wall Street por el coronavirus es el más rápido e intenso desde el “Crack del 29”: <http://www.descifrado.com/2020/03/19/el-derrumbe-de-wall-street-por-el-coronavirus-es-el-mas-rapido-e-intenso-desde-el-crack-del-29/>
- Durkheim, É. (1976). *El suicidio*. Madrid: Akal.
- Durkheim, É. (2016). La concepción materialista de la historia. En É. Durkheim, *Las reglas del método sociológico y otros escritos*. (págs. 272-283). Madrid: Alianza.
- Engels, F. (21- [22] de setiembre de 1890). *Carta a Jose Bloch*. Obtenido de Marxists Internet Archive: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e21-9-90.htm>

- Engels, F. (2014). *Anti-Dühring; La revolución de la ciencia por el señor Eugen Dühring* (Colección clásicos del marxismo ed.). (G. d. Engels, Trad.) Madrid: Fundación Federico Engels.
- Engels, F., & Marx, K. (2000). *Manifiesto del Partido Comunista*. Ediciones elaleph.com.
- Fusfeld, D. B. (1976). La teoría económica descaminada: la subsistencia en la sociedad primitiva. En K. Polanyi, C. M. Arensberg, R. Arnold, F. Benet, A. C. Chapman, D. B. Fusfeld, . . . R. B. Revere, *Comercio y mercado en los imperios antiguos* (págs. 389-404). Barcelona: Labor S.A.
- Kant, I. (2002). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lévi-Strauss, C. (1970). *Tristes trópicos*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Lévi-Strauss, C. (1999). Raza e historia. En C. Lévi-Strauss, *Raza y cultura* (págs. 37-104). Madrid: Altaya.
- Marx, K., & Engels, F. (2017). *La ideología alemana*. Madrid: Akal.
- Menor, D. (13 de Marzo de 2020). *Hoy*. Obtenido de Llega a Italia el primer avión de ayuda china contra el coronavirus: <https://www.hoy.es/internacional/union-europea/llega-italia-primer-20200313112435-ntrc.html?ref=https:%2F%2Fwww.google.com%2F>
- Merton, R. K. (1985). *La sociología de la ciencia. Vol.2*. Madrid: Alianza Universidad.
- Mises, L. v. (1985). *Liberalism: In The Classical Tradition*. New York: Cobden Press .
- Polanyi, K. (2014). La economía como actividad institucionalizada. En K. Polanyi, *Los límites del mercado*. (I. López, Trad., págs. 187-222). Madrid: Capitán Swing S.L.
- Polanyi, K. (2016). *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*. Barcelona: Virus.

- Polanyi, K. (2016). *La Gran Transformación: Crítica del liberalismo económico*. Barcelona: Virus.
- Polanyi, K. (2018). La economía como proceso instituido. En K. Polanyi, *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado* (págs. 49-104). Barcelona: Virus.
- Polanyi, K. (2018). Nuestra obsoleta mentalidad de mercado. En K. Polanyi, *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado* (págs. 7-41). Barcelona: Virus.
- Polanyi-Levitt, K. (ene.-jun. de 2014). *SciELO*. Obtenido de Los conceptos más importantes en el trabajo de Karl Polanyi y su relevancia contemporánea: http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0252-85842014000100016
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama S.A.
- Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Sennett, R. (2011). *El declive del hombre público*. Barcelona: Anagrama .
- Stigler, G. (1983). *Placeres y dolores del capitalismo moderno*. Madrid: Unión Editorial S.A.
- Weber, M. (2014). *Conceptos sociológicos fundamentales*. Madrid: Alianza Ediotiral.